



Letras de plata

Vengo a
hablarte
de mi
hijo

PHILIPPE BESSON

Vengo a hablarte de mi hijo

Vengo a
hablarte
de mi
hijo

PHILIPPE BESSON

Traducción de Isabel Llasat Botija

Q Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Vous parler de mon fils*

Editor original: Editions Julliard

Traducción: Isabel Llasat Botija

1.ª edición: agosto 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 by Editions Julliard, Paris

All rights reserved

© de la traducción, 2026 by Isabel Llasat Botija

© 2026 by Urano World Spain, S.A.U.

López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid

www.letrasdeplata.com

ISBN: 979-13-88011-71-9

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

«En tiempos de paz, los hijos entierran a sus padres. En tiempos de guerra, los padres entierran a sus hijos».

Heródoto, *Historias*

En homenaje a L y a todos los demás

1

Sentado al borde de la cama, observo el vaso de agua que hay sobre la mesita de noche, que no he tocado, y me sorprende ver un ligero temblor en el líquido. Alzo la cabeza y mis ojos se quedan en la camisa que Juliette me ha dejado preparada en una percha. Luego miro las cortinas que filtran la luz matinal: se adivina que el sol ya está ahí fuera, violento. Y pienso que quizá no deberíamos haber dicho que sí.

Porque en el fondo a mí ya me iba bien eso, el retiro, la calma, después de la catástrofe y el caos (incluso aunque fuera una calma de mentira, como hay platos de mentira), ya me iba bien la vida

cotidiana (por mucho que sé que la vida nunca volverá a ser normal): estaba dispuesto a aceptarlo.

Supongo que no podíamos negarnos. La propuesta era fruto de la buena voluntad. La gente tenía muchas ganas de demostrarnos que no lo olvidan, quería darnos prueba de su apoyo, su solidaridad, de algo parecido al cariño. Y también querían expresar ira, porque nuestra ira se ha convertido en la suya, y lo entiendo.

De todas formas, Juliette aceptó a la primera en cuanto vinieron a exponerle su idea. Eran cinco, habían formado un comité, pero por supuesto no pensaban iniciar nada sin nuestro acuerdo previo: imposible dar marcha atrás. A ella le pareció que estaría bien, que era importante. Y seguro que con razón. Aunque, al final, no creo que fuera eso lo que la convenció, sino más bien la necesidad que tenía de algo así, para dejar de ahogarse, para expulsar su desolación y su rabia, para intentar soportar, siquiera unas horas, la locura de haber perdido un hijo.



Llevo únicamente los calzoncillos que me pongo para dormir. Podría levantarme y, sin embargo, mantengo los pies pegados al suelo, las manos apoyadas sobre el colchón, el cuello contraído entre los hombros; me parece que es mejor que espere un poco, para no marearme. Desde hace un tiempo, por las mañanas me faltan fuerzas, me da miedo caerme, siento una especie de vértigos, supongo que debería ir al médico, pero, si lo hago, me va a salir con explicaciones psicológicas y yo no tengo ganas de pensar en lo que me da vueltas en la cabeza, en lo que me oprime el corazón. Juliette sí que se ha levantado hace rato, la oigo trajinar en la cocina, oigo el ruido de los cajones, las cucharas, los cuchillos, los tazones, las puertas de los armarios, ruidos habituales pero que esta mañana juraría que son precipitados y torpes; seguro que me equivoco.



Detrás de las cortinas, otros ruidos, los de la calle: un camión de reparto que ha parado para descargar la mercancía, conductores

impacientes que tocan el claxon, parroquianos que hablan en la terraza del bar de abajo, una maleta que rueda sobre la acera, el clin-clin de la puerta de la farmacia; entre semana también nos llegan los gritos de los niños en el patio de la escuela que tenemos al lado. Nos mudamos aquí hace quince años, justo después de casarnos, yo conocía el barrio, pasaba mucho tiempo aquí a los dieciséis, diecisiete años, y a Juliette le gustó el lugar, decía que parece un pueblo, decía también: «No se ve el mar pero se oyen las gaviotas, se siente el viento marino, y eso es lo que cuenta». Creció en Pornichet y llevaba esa idea del mar consigo. Pero no tiene nada que ver con el de Saint-Nazaire: aquí el mar no es precisamente para bañarse. Sí, tenemos playas, pero nuestras vidas giran en torno a los astilleros, es sobre todo una ciudad obrera. Las poblaciones costeras de reposo quedan más lejos.



Al final, me levanto y lo primero que veo es mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. Contemplo los tatuajes de mis antebrazos, recuerdos de una juventud que yo creía turbulenta pero en la que, en el fondo, me limitaba a imitar a mis amigos. Contemplo también mi delgadez. Al parecer es genética, no hay más que ver a mi padre. Y yo también se lo he transmitido a mis hijos, esa maldita delgadez. Los colegas se burlan de mí, me llaman *Palo de escoba*, o *Tabla*. Y eso que cuando era calderero nunca pedí ayuda para mover materiales; aunque no lo parezca, estoy fuerte, pero no hay nada que hacer, se burlan de mí. Bueno, se burlaban. Ahora ya no se atreven tanto. Me pongo una camiseta holgada, me queda enorme.



En la cocina, me acerco a Juliette para darle un beso en los labios, como todos los días desde hace más de quince años, al final se ha convertido en un gesto mecánico, pero ninguno de los dos ha renunciado a él. Puede que en eso consista ser una pareja, en esos gestos repetidos, esas atenciones especiales, esas cosas que no compartes con nadie más. El beso es fugaz, no va acompañado de

ternura, pero ¿qué más da?, existe. Dice: «¿Has dormido bien?». Lo pregunta por reflejo, por costumbre, sabe que no, que apenas hemos pegado ojo en toda la noche, enseguida reconocemos la respiración del otro cuando no duerme, y además dábamos vueltas en la cama, respirábamos fuerte molestos por ese insomnio, no hemos caído vencidos por el sueño hasta que no ha empezado a amanecer. Respondo: «Buf», sin más detalles, sin detenerme en eso. No insiste, no vamos a hablar de la ansiedad, la tristeza y los pensamientos negros que nos impiden descansar. Dice: «¿Puedes ir a despertar a Enzo? Pondré el pan a tostar».



Empujo despacio la puerta, la habitación está sumida en la oscuridad y la abertura proyecta algo de luz sobre la moqueta. Mi hijo está profundamente dormido, lo sé, también se aprende a reconocer lo profundo que duermen los hijos, y Enzo siempre ha sido de dormir mucho; sacarlo de la cama muy temprano es un calvario. Preferiría dejarlo entre el abrazo acolchado de las sábanas. Parece indefenso, pero creo sobre todo que no le afecta nada, no le hiere nada, lo que me parece fantástico. Me acerco sin hacer ruido, me inclino sobre él. Y me quedo quieto.



Recuerdo que en mi infancia había niños llorando, gritando o correteando sin más entre las piernas de mi madre: eran los niños que cuidaba, era niñera. Vivíamos al norte de la ciudad, en Las Acacias; una urbanización construida más o menos cuando yo nací, había muchas parejas jóvenes, las mujeres trabajaban, confiaban a mi madre sus hijitos. Se jubiló el año pasado. Dijo que estaba muy contenta de parar porque al final todos aquellos críos la habían agotado, pero creo que en el fondo echa un poco de menos su trabajo. Para mí aquellos niños eran como hermanos de paso, se quedaban dos o tres años, me encariñaba con alguno, pero, mientras yo crecía, ellos seguían teniendo la misma edad, y a mis diez u once años me molestaban, hacían ruido, ocupaban el espacio,

acaparaban a mi madre; luego se me pasó, volví a quererlos, era una distracción, la casa parecía un campamento. Nunca imaginé no tener hijos (de hecho, alquilamos un piso de tres habitaciones desde el principio, sabíamos lo que queríamos). Contemplar a Enzo durmiendo me da ganas de llorar. Sobre todo por lo que echo de menos a su hermano mayor. Lo echo tanto de menos que me daría de cabeza contra la pared.



Cuando vuelvo a la cocina, huele a pan tostado. A Juliette no le sorprende verme volver solo. «No te has atrevido a despertarlo, ¿verdad?». Miento. «Sí, sí, lo he llamado, pero ya sabes cómo es...». Eleva los ojos al cielo, como diciéndome: «Sé un padre, por una vez. Yo necesito poder contar contigo», pero, claro, no lo dice. No es el día adecuado para una discusión. Conecto la máquina de café expresso, que compramos hace dos meses en Lidl para sustituir la vieja, que ya había dado el último suspiro, y preparo nuestros dos cafés, corto para Juliette y largo para mí; es el trabajo que me corresponde a mí por las mañanas, como si fuera cosa de hombres o del señor de la casa —sí, es un poco ridículo pero es así. Juliette ya se ha instalado en la mesa, está poniendo mantequilla a sus rebanadas de pan de barra, ese gesto también me lo sé de memoria.



«Hoy han dicho que haría 29 grados. Lo de las temperaturas empieza a ser una locura, de verdad. ¿Te imaginas, 29 grados a final de mayo? ¡En esta región!». Habla del tiempo que hace. Habla del tiempo que hace porque es un tema de conversación, y para no hablar de otra cosa. A menudo, habla del cambio climático, de las canículas que arrasan en agosto, de las olas gigantes que inundan la costa en otoño, de las tormentas que se lo llevan todo a su paso, se lamenta por todo ello y yo voy asintiendo. Sí, tiene razón, es una locura, el mundo se ha vuelto loco. Añade: «Al menos, vestidos de blanco tendremos algo menos de calor». Ve el lado bueno, el lado

práctico, es la manera que ha encontrado de no hundirse. Asiento en silencio. Continúa, como si hablara sola. «Y va a prolongarse toda la semana, el lunes incluso subirá a 31 grados, ¿te lo puedes creer?». Comparto su aflicción con una mirada de comprensión. Lo importante sobre todo es no hablar de lo que nos está esperando.



Por otra parte, ¿cuánto hace que nuestras conversaciones van sobre temas, por decirlo de alguna manera, secundarios? ¿Desde cuándo esquivamos lo esencial para concentrarnos en lo accesorio o en lo cotidiano? (Claro que un matrimonio de larga duración también es esto). Aun así, si se me ocurriera señalárselo, Juliette me lo reprocharía. Me echaría en cara: «Cuando yo te hablaba de cosas graves, tú no me escuchaste, ¿recuerdas?». Tendría razón. La primera vez que me susurró al oído: «Creo que a Hugo le pasa algo, no está bien», me limité, en efecto, a encogerme de hombros.



Juliette tenía razón. *Ya había empezado todo.* Ya había recibido los primeros comentarios sobre su forma de vestir. Aquel día llevaba una camiseta roja que se había desteñido en la lavadora y que ahora parecía más bien rosa. Un chico del instituto gritó al verlo pasar: «El rosa es de chicas». Otro lo completó: «O de maricas». Luego los dos chocaron los cinco y se echaron a reír. Hugo, en cambio, no rio. Y tal vez fue esa ausencia de reacción lo que liberó el engranaje. Si hubiera tomado aquella agresión como una burla sin importancia, si hubiera reído con los que acababan de lanzar su maldad creyendo que los hacía interesantes, si hubiera entrado en su juego, tal vez no habrían ido tan lejos. O, por el contrario, si les hubiera señalado que los clichés son de tontos, si hubiera subrayado el insulto, explicado que no se deben utilizar palabras como «marica», aunque a sus atacantes no les habría gustado nada, habría demostrado que no les tenía miedo. Pero, en lugar de eso, nada, el silencio. Y una incomodidad visible. Eso les hizo ver que le habían hecho daño, que *podían* hacerle daño.



Entiéndase: Hugo no tiene ninguna responsabilidad por lo que le pasó, ninguna en absoluto. Solo digo que a veces las cosas pueden cambiar del todo por casi nada. Que a veces lo insoportable se cuele por un minúsculo resquicio.



Para nuestra gran sorpresa, aparece Enzo. Supongo que lo habrá despertado nuestra conversación o el olor a pan tostado. Todavía está medio dormido. Lleva el pelo enmarañado y la huella de la almohada marcada en la mejilla izquierda. Con sus nueve años nuestro hijo es angelical, pero en momentos así, en los que no controla, lo es aún mucho más. Se sienta en su sitio sin siquiera mirarnos. Juliette exclama: «¡Buenos días, ¿no?!». Como toda respuesta, Enzo emite un murmullo apenas audible. Mi mujer está al borde de las lágrimas.



Desayunamos en silencio, como si nos hubiéramos dado cuenta de pronto de lo especial que será hoy. Los rayos de sol iluminan el hule de la mesa y ciegan un poco a Enzo. Sin embargo, la distracción dura poco. Solo vemos el sitio del ausente, la silla del que falta.

Aún no nos hemos acostumbrado, ¿pero acaso nos acostumbraremos algún día?



Desde que Hugo se fue, he aprendido que estas son las situaciones más crueles, las que duelen más. Porque la muerte no es filosófica, no está por encima de nosotros, no está en otra parte, es muy concreta, y está ahí. Es una silla vacía en la calma matinal, a pesar del sol que salpica.



Cuando Enzo se toma el último sorbo de chocolate caliente, Juliette le suelta: «Corriendo a la ducha. Después vamos nosotros».

Normalmente, Juliette es la primera, luego voy yo y los chicos van los últimos para así dejarlos dormir un poco más y, mientras se duchan, ella recoge la cocina, yo le echo una mano, revisamos las mochilas, leemos los correos electrónicos, saco el coche del garaje para ganar tiempo, todo el mundo tiene que estar listo para salir a las ocho y cuarto en punto. Había mañanas en las que esa rutina me cargaba un poco. Ahora, lo que queda de ella me parece a la vez reconfortante y cruel.



Juliette coloca las tazas, los tazones, las cucharas y los cuchillos en el lavavajillas, cada cosa en su sitio, mientras yo me encargo de guardar en la nevera la mantequilla y la mermelada y, en el armario, el paquete de azúcar, y de pasar la bayeta. No recuerdo cuándo se decidió este reparto de tareas; en cualquier caso, hace mucho. Las amigas de Juliette le dicen: «Tienes suerte de tener un marido que te ayuda. El mío llega y se sienta a la mesa». Me gustaría ser ese hombre que dicen que soy, pero no es así, solo soy un tipo que no se puede quedar quieto cuando tiene a alguien delante trabajando, o que hace y repite gestos sin pensar, nada más. No sé qué es ser un marido ejemplar o un padre cariñoso, nunca me he parado a pensarlo, tampoco me han educado para ello, yo solo quería ser un marido y un padre, sin adjetivos añadidos.



Y hoy debo admitir que no he sido ni un padre ni un marido atento o delicado. Prueba de ello es que, cuando Juliette supo que un chaval había maltratado a nuestro hijo en el patio del instituto y me lo comentó preocupada, lo primero que hice fue restarle importancia: «¿A qué te refieres con “maltratar”?». Contestó: «Si lo he entendido bien, lo ha empujado y le ha hecho caer. Hugo se ha hecho sangre en el codo. Y la verdad es que le ha quedado una buena marca. De hecho, me lo ha contado porque se la he visto». Yo preferí ser prudente: «Pero, ¿estamos seguros? ¿No se lo inventa? ¿Seguro que no se lo ha hecho solo? Como es tan torpe, no sea que tiene miedo

de que le riñamos». Sí, mi primera reacción —aún me lo reprocho— fue cuestionar lo que se me contaba, dudar de la palabra de mi hijo y pensar que a mi mujer le había vendido la moto o que se preocupaba por algo sin importancia. Cuando insistió, repliqué: «Bueno, pues vale. Pero a todos nos han hecho algo en el patio. Es tan viejo como el colegio. Te preocupas por nada». Como se molestó, seguí relativizando. «Los chicos son así, no vas a cambiarlo tú ahora». Creo incluso que me dije, en secreto: el chaval tiene que aprender lo que es la vida, tampoco es tan malo a los catorce años. No, no he sido ni un marido ni un padre ejemplar. De hecho, he sido más bien todo lo contrario.



El sonido de un móvil interrumpe nuestra rutina. Juliette se aleja y contesta. Me da la espalda, la oigo irritarse un poco. «Que sí, que estamos bien... No, no, no te preocupes... A las nueve y media, muy bien... ¿Enzo? Claro que ha entendido lo que es una marcha blanca, ya no es tan pequeño... Aguantará. Todos aguantaremos... Sí, llamaron ayer y decidimos que hablaría yo justo antes de empezar... Para eso hacemos todo esto, ¿no? Para decir que pensamos en él y que no perdonamos nada... Sí, más o menos, eso es lo que explicaré... Bueno, mamá, tengo que ir a prepararme... Nos vemos luego». Cuando cuelga, vuelve hacia mí. «Era mi madre. Pasarán a buscarnos a y media para salir juntos». Digo: «De acuerdo».



Mis suegros viven en Pornichet, tardan veinte minutos en coche en llegar a Saint-Nazaire. Supongo que le han pedido a Lola que hoy se ocupe del servicio de mediodía, a no ser que, como excepción, hoy hayan cerrado. Tienen una crepería en el puerto, siempre llena. Lola es su mano derecha. A ella es precisamente a quien le propondrán primero la venta cuando llegue la hora de jubilarse. Les habría gustado que alguno de sus hijos siguiera con el negocio familiar, pero Juliette guarda demasiados malos recuerdos de la crepería, abierta los siete días de la semana de once de la mañana hasta

medianoche o incluso hasta la una de la madrugada en temporada alta, cuando llegan los turistas. Ha visto a sus padres matarse a trabajar, renunciar a cualquier otra vida, no encontrar el tiempo de ocuparse de sus hijos, y no quiere eso para ella. Y Christophe, el hijo mayor, vive en Nantes y trabaja en un banco (justo hoy tiene guardia, no lo veremos), tampoco les va a garantizar el relevo. Yo, por primera vez, pienso que tal vez deberíamos planteárnoslo. Nunca lo había considerado. Nunca. Y, en cualquier caso, estaba de acuerdo con Juliette. Ahora me pregunto si no deberíamos cambiar de población, cambiar de casa, cambiar de trabajo, cambiarlo todo. En otro lugar no encontraríamos las imágenes que tanto duelen. Pero no lo hablaremos. Desde que Hugo se fue, nunca hablamos del después; del resto de nuestras vidas.



Enzo reaparece, no se ha secado bien el pelo, por lo normal su madre se lo diría, se lo llevaría en un santiamén al baño para frotar enérgicamente con la toalla su cabeza de pardillo, pero no esta mañana, aún tardaremos mucho en salir, debe de pensar que el pelo tendrá tiempo más que suficiente para secarse, aunque, de todas formas, ahora mismo no puede concentrar su atención sobre nada, o más bien está pensando solo en la marcha que se está preparando, y lo que no sea la marcha no le importa ni le interesa. Yo sonrío contemplando a mi hijo, imagino que volverá a su habitación, se vestirá deprisa para sentarse en el alféizar de la ventana a jugar un rato a algún videojuego, sin echar la menor mirada a la cama desecha o la habitación desordenada. Sin embargo, a él tampoco le debe de parecer un día como cualquier otro y, esta mañana, manejar la consola no será solo un reflejo, sino también una forma de estar distraído antes de la prueba que se avecina.



Ha sido él el que ha querido venir. Le dijimos que podía elegir. «Si lo prefieres, te vas a casa de los abuelos y te quedas con ellos mientras dura la manifestación». Pensamos que esa manifestación tal vez no

era lugar para un chaval de nueve años, y hermano de la víctima, porque será un rato pesado y duro, y habrá mucha gente, y todas las miradas estarán fijas en nosotros y, por tanto, en él. Respondió: «No, yo quiero estar. Por mi hermano». Su determinación y la simplicidad con la que la expresó hicieron imposible rebatirlo en modo alguno.



Su hermano. Pienso en él —en quién si no— mientras me dirijo a mi vez al cuarto de baño. En el espejo, el rostro que veo es el suyo. En eso todo el mundo coincidía: Hugo era mi vivo retrato. Yo lo negué durante mucho tiempo, sin dar crédito a aquellos comentarios sobre el parecido; dicho esto, acabé por admitirlo. En las fotografías de las vacaciones, ese parecido saltaba mucho a la vista. Mi madre incluso me trajo, no hace mucho, una foto de fotomatón que yo me había hecho a los trece años, que había encontrado por casualidad en un armario, y la puso al lado de Hugo, reticente a semejante ejercicio de comparación, pero todos exclamamos que sí, que era alucinante, indiscutible, de tal palo tal astilla. Delgado como yo, eso ya lo he dicho. La misma mirada sombría, las mismas pestañas gruesas, que dan a veces la impresión de haber sido repasadas con kohl (uno de mis compañeros guitarristas se lo ponía cuando teníamos diecisiete años, decía: «Así pareceremos hermanos»). Y la misma línea de lunares en el pecho, hasta el punto de que a veces, en verano en la playa, los desconocidos se sorprendían al verlas.



En cuestión de carácter, sin embargo, no nos parecíamos. Los dos éramos de poco hablar, pero en su caso era por timidez, era tan vergonzoso que se sonrojaba a la menor ocasión, y tartamudeaba cuando se ponía nervioso; eso lo alejaba de los niños de su edad. Yo, en cambio, no digo nada porque no tengo nada que decir, punto. Él era torpe, no sabía hacer la o con un canuto. Y yo soy un manitas o al menos me gustan, y diría que se me dan bien, las actividades manuales. Otra cosa: él era bueno en la escuela, bueno en

ortografía y en cálculo en primaria, bueno en francés y en mates en el instituto, durante mucho tiempo sacó las mejores notas de su clase; eso tampoco contribuía a su popularidad. En cambio, yo no estaba dotado para los estudios, «incapaz de aprender, incapaz de retener», escribían los profes en mis boletines de notas, lo que desesperaba a mis padres y hacía reír mucho a mis amigos; a los quince años, me orientaron hacia la formación profesional y así es cómo acabé siendo calderero chapista, mi padre me había dicho: «En los astilleros van muy buscados y además es un buen oficio, ya lo verás». Estos últimos tiempos, sus notas habían bajado. Precisamente fue ese claro bajón lo que me hizo ver por fin que el problema era grave. Pero ya era tarde.

De pronto, en el espejo ya no veo a mi hijo. Solo veo a un padre que la ha cagado.



Abro el grifo, me lavo los dientes, cuando escupo veo sangre mezclada con el dentífrico. A continuación, me reparto la espuma de afeitar por las mejillas. Por lo general, los fines de semana no me afeito, pero Juliette me dijo: «Estará la tele, las fotos, tienes que ir impecable, no podemos salir descuidados». La cuchilla de afeitar pasa y repasa, siempre de la misma forma, primero la mejilla derecha, luego la izquierda, la barbilla, el bigote y al final el cuello. Recuerdo que, una noche, Hugo volvió a casa con un moratón en la mejilla y contó la mentira de que se había chocado contra una farola porque andaba mirando el móvil y no había visto el poste, los dos nos reímos, le dije que no podía pasar tanto tiempo con el móvil, contestó: «¡Pasa!», volvimos a reírnos, se fue a su habitación. Un padre que la cagó, sí, es exactamente eso.



Entro en la ducha. El agua caliente a toda presión sobre la cara y los hombros me hace bien. Intento no pensar en nada, solo en eso, en el agua caliente sobre mi piel y en el gel Tahiti para lavar el sudor de la noche, quitar las impurezas. Y de pronto, a mi pesar, pero con una

especie de ternura, recuerdo lo mucho que nos gustaba ir, después de habernos bañado y tomado el sol, a ducharnos en la playa de Libraires de Pornichet, para quitarnos la sal pegada a la piel, la crema solar con la que nos habíamos embadurnado, la arena pegada a los tobillos, a las pantorrillas. Es una playa familiar, con una vista increíble sobre la bahía, que va hasta la punta de Penchâteau en Le Pouliguen, nos encantaba ir en agosto, no sé si seremos capaces de volver nunca.



Después de secarme, me cuelo en el dormitorio para vestirme. Sin embargo, mi primer movimiento es dejarme caer sentado sobre la cama. Ha sido ver de reojo la foto de los cuatro, tomada delante del *Euribia*, el transatlántico que construimos para los italianos el año pasado, en el marco colocado sobre la cómoda, y sentir como si toda mi vida pasara por delante. Juliette y yo apenas rondábamos la veintena cuando nos conocimos. Fue en un bar del puerto, tras un día de trabajo; había ido con unos colegas, para refugiarnos de una lluvia torrencial y porque, al caer la noche, a veces nos costaba separarnos, en el fondo, no teníamos vida personal ni un auténtico hogar, tomábamos algo, jugábamos a los dardos, a la máquina del millón, y de pronto entró esta chica, con aire alocado, con una combinación de delicadeza y aplomo, y me quedé paralizado. Mi parálisis no duró mucho, puede que menos de cinco segundos, pero suficiente como para que Cyril me diera un codazo y me susurrara: «También trabaja en los astilleros, en las oficinas, un día me crucé con ella por allí», y pensé: entonces volveré a verla. Teníamos veinticinco años cuando nos casamos, por la Iglesia porque así lo querían sus padres; mi padre, que es comunista, hubiera preferido que no, pero antepuso un principio: decide la novia. Veintiséis años cuando nació Hugo, gran prematuro, llegamos a temer que no sobreviviría al parto, luego durante varias semanas temimos perderlo, de tan pequeño y frágil que era, con todas las venas dibujadas, en su incubadora, nunca lo olvidamos, cuando lo perdimos definitivamente hace un mes, sé que los dos recordamos

aquel momento, nos trasladamos a aquel terror, pensamos: en realidad era una advertencia en su nacimiento, al final ha pasado lo peor. Treinta y un años cuando llegó Enzo, como una flor, un regalo. Hoy tengo cuarenta. Y hay que seguir viviendo.



Para distraerme, agarro el móvil, olvidado sobre una cómoda y, como todos los días, busco la web de *Ouest France*. Hablan de la temporada perdida del FC Nantes, otra más. Esteban, mi amigo más antiguo —hicimos la misma formación profesional juntos—, es un ferviente seguidor del club y se desespera con sus mediocres resultados. Se acuerda con una nostalgia insistente de la gran época de los *canarios*, cuyo último título de Liga remonta al año 2001, se consuela pensando en la Copa de Francia que se llevaron en 2022. Yo no le soy de gran ayuda porque a mí el fútbol nunca me ha interesado mucho. Hoy, dentro de un rato, Esteban también estará, no le ha hecho falta avisarme, estará entre los demás, avanzará al ritmo de la multitud, cuando se pare, él se cruzará de brazos, se morderá el interior de las mejillas, es un hombre sensible, aunque él renegaría de ese calificativo y, cuando me gire lo veré, él me hará un gesto con la cabeza con una débil sonrisa, yo le devolveré la misma débil sonrisa, ambos con lágrimas en los ojos, bajaremos la cabeza a la vez para no llorar, a eso se le llama amistad, no hacen falta palabras ni declaraciones. Supongo que estaría bien que los de Nantes volvieran a tener alguna vez una buena temporada. También hay un artículo sobre las elecciones, con los últimos sondeos, y no le presto atención, hace mucho que dejé de votar, otro sobre Ucrania, sobre esa guerra a nuestras puertas que poco a poco vamos olvidando, unas líneas sobre una mujer asesinada por su marido, otra, no me detengo a leer nada, no siento la menor curiosidad, y es lamentable, debería reponerme, la democracia en juego, los hombres que mueren en el campo de batalla, las mujeres muertas apalizadas, todo eso debería interpelarme, entristecerme o indignarme, pero no, sigo indiferente. Por último, me fijo en una breve noticia, en la sección local, que menciona la organización de la

marcha blanca, «en homenaje al estudiante», al cumplirse un mes de su muerte, «la fecha ha sido elegida de manera simbólica», añaden.



Hugo cursaba tercero en el André-Marlaux. En matemáticas, aprendía la resolución de problemas y las demostraciones; en historia, era «la evolución del mundo desde 1945»; en ciencias naturales, «el cuerpo humano y la salud»; en física y química, «la energía y sus conversiones»; como primera lengua extranjera hacía inglés y como segunda, español. Lo sé porque ordené sus libros de clase, justo después. Si hace tres meses me hubieran preguntado: «¿Qué asignaturas tiene su hijo?», no habría sabido qué responder. Lo único que había entendido era que su preferida era la «educación artística y cultural», aunque yo soy incapaz de decir por ejemplo a qué corresponden las «artes plásticas». Mi hijo seguía una educación que yo desconocía por completo, de la que no entendía casi nada, además nunca lo ayudé con los deberes, nunca leí ni una sola de sus redacciones. Me eximía repitiéndome: de todas formas, a los adolescentes no les gusta que sus padres se metan en sus cosas.



Hugo jugaba al Fortnite, escuchaba música, con auriculares de diadema (música pop, no rap, oía trozos cuando se apartaba los cascos para responder a su madre), no practicaba ningún deporte, solo un poco de *skate* (y me sabía muy mal, porque me habría encantado ir a verlo jugar partidos, de fútbol, de baloncesto, de lo que fuera, o torneos de judo, como hacen los padres con sus hijos), leía libros que sacaba de la biblioteca, había colgado un póster de Rimbaud en su habitación (fue él quien me dijo que era Rimbaud, encogiéndose de hombros, yo no sabía quién podía ser), en los últimos tiempos había crecido, lo que había acentuado su delgadez, le costaba levantarse por la mañana y dormirse por la noche, evitaba el conflicto, casi nunca se enfadaba, adoraba a su hermano (el pequeño se acurrucaba contra él, en el sofá), le gustaban las

hamburguesas con queso y beicon y las crepes de Nutella, bebía Coca-Cola (lo que hacía rabiar a su madre), llevaba pantalones muy anchos, no tenía muchos amigos. Esta lista he sido capaz de elaborarla yo solo. Sí, si me hubieran preguntado por mi hijo, probablemente es lo que habría mencionado. Pero no creo que hubiera podido decir mucho más.

O quizá esto: hacia el final, se quejaba de dolores de cabeza y de barriga, de retortijones, a veces tenía ganas de vomitar.



Desde la habitación oigo correr el agua en el cuarto de baño. Ahora es Juliette la que se ducha. Sin verla, sé que tiene la mirada perdida, que se queda largos momentos inmóvil, lo adivino porque se oye que el agua deja de salpicar, se puede quedar así cinco minutos. Algunos días llora, con la espalda contra la pared, llora hasta que no puede parar, sacudida por las lágrimas, o bien se acucilla, como protegiéndose de los golpes que alguien le estuviera dando. Yo ya no me atrevo a molestarla, al principio lo hacía, pero me di cuenta de que le daba horror ser vista en esa postura, en ese hundimiento, y que necesita estar sola bajo el chorro de agua ardiente. Mi mujer no se recuperará nunca de la muerte de su hijo. Por mucho que la gente le diga (y yo con ellos) que el tiempo permite curarlo todo, que la vida continúa, recurrir a todas esas fórmulas que hemos oído miles de veces, que en ocasiones hemos utilizado nosotros mismos destinadas a nuestros amigos y parientes en la pena y en el duelo, hay algo roto en ella, algo que ya no se reparará. El impacto de la noticia, el estupor, provocaron esa fractura. Después, el dolor infinito. Y más tarde, la llegada de la ira y la culpabilidad no hizo sino resquebrajarla un poco más.



(Y eso que, ahora que lo pienso, ese mismo cuarto de baño fue el escenario de la mayor de las felicidades. Una noche, Juliette salió de él corriendo con un pequeño utensilio blanco y azul en la mano, que, tonto de mí, confundí con un bolígrafo, y me lo tendió con una

inmensa sonrisa. Entendí de pronto que se trataba de una prueba de embarazo. Hugo acababa de entrar en nuestras vidas).



Fue Juliette la que un día me dijo: «Hoy he estado delante del instituto a la hora del patio sin que me viera». Y yo, imbécil, me enfadé. «Dime que no es verdad, que no has hecho eso». Ignoró mi objeción. «No he tardado ni cinco minutos en ver algo». Me sobresalté y aparqué mi indignación. «¿Qué has visto?». Contestó: «Había dos chicos de su edad que se dedicaban a rodearlo, dejarlo pasar y hacer gestos de miedo, como si estuvieran asustados, se llevaban las manos al cuello como si se ahogaran y después han empezado a burlarse de él, a reírse como animales, y al final uno de ellos lo ha empujado con el hombro y él no ha reaccionado, solo bajaba la cabeza, esperaba a que pasara». Dije: «Seguro que era solo en broma. No todo tiene que ser por maldad. Ya sabes cómo son los chavales. Sobre todo, a esa edad». Ni siquiera yo me creía mis explicaciones, pero había que tranquilizarse, tranquilizarnos.



Me empiezo a vestir despacio. Lo último, la camisa blanca. Procuro no arrugarla. Cuando yo era pequeño, la camisa blanca solo se ponía en las grandes ocasiones. Las comuniones, las bodas. Mi madre las cuidaba mucho, el blanco tenía que estar siempre reluciente, importantísimo no mezclarlo con la ropa de color en la lavadora, el planchado debía ser impecable, la camisa bien colgada en una percha, guardada en un armario del que solo saldría, pues, para las fiestas familiares y los momentos solemnes. No lo he olvidado. Por eso siempre me siento un poco intimidado cuando me tengo que poner una. Sobre todo porque yo todos los días llevo lo mismo, camiseta en verano, jersey en invierno y, en el curro, aunque ahora soy jefe de equipo, el uniforme es pantalón de trabajo y chaleco. Me miro en el espejo y no me reconozco en absoluto. Hay tipos que tienen una elegancia natural, que se ponen cualquier cosa y quedan distinguidos, pero yo enseguida parezco un paleta.



Juliette prácticamente me dio una orden. «Tenemos que hablar con él». Yo le contesté: «¿Y si te estás equivocando?». Respondió tajante: «No me equivoco. Conozco a mi hijo». Una forma indirecta, o inconsciente, de hacerme ver que yo no tenía la misma clarividencia ni sensibilidad que ella. Al darse cuenta de su torpeza para conmigo (que por desgracia no lo era tanto), añadió: «El acoso no solo les pasa a los demás, cariño. Si no, ¿por qué crees que hablarían tanto de eso en la tele?».

Aquel día fue la primera vez que pronunció la palabra —«acoso»—, y me sorprendió cómo sonaba, me pareció que estaba hablando de una enfermedad, de una patología, como el sarampión o la dermatitis.

No encontré nada con lo que rebatirla. Sí, existía, a todas luces, y sí, podía tocarnos también a nosotros, a él, era cuestión de probabilidades.

Negocié: «En cualquier caso, no hace falta hacer una montaña en plan repasarle la cartilla; si no, se pondrá a la defensiva, o se sentirá humillado. Porque, si es verdad, no dirá nada. Si es mentira, se enfadará con nosotros». Me tranquilizó. «No te preocupes».



Así pues, mi mujer realizó un primer intento, muy suave, mientras Hugo merendaba en la cocina, de vuelta del André-Marlaux, y ella colocaba la compra. «¿Todo bien en el instituto?». Él la miró, descodificó sus sospechas en una fracción de segundo, y soltó: «Sí, todo bien. ¿Por qué no iba a ir bien?». Y se largó corriendo a su habitación. Juliette se mostró categórica: «Deberías haberle visto la cara. Su mirada. Acerté de pleno. Y esa forma de irse corriendo era una confesión». Le respondí con una mueca de duda. Lo intentó otra vez al cabo de unos días: «Te veo raro», y él volvió a no soltar palabra. Enseguida vino a verme y me susurró: «Tengo la impresión de que mamá flipa. Dile que no se canse». Yo le sonreí. Juliette se lo había imaginado. Nuestro hijo estaba bien.



Incapaz de reconocer que a lo mejor se había equivocado, me soltó: «O entonces... ¿crees que es homosexual? ¿Y que por eso se meten con él, él no nos habla nunca y está tan escurridizo?». Grité indignado. «¡Venga, ¿y qué mas?!». Pero ella no se desanimó: «Algo afeminado sí que es». Para ella todo iba junto: los gestos femeninos y la homosexualidad. Para mí, también, lo confieso. Sin embargo, no me rendí. «Es su generación que es así, ya sabes, con todo eso de los géneros». Juliette no pudo disimular su abatimiento. «Cualquiera diría que haces todo lo posible para no ver nada». Me fui al garaje, con el pretexto de que tenía que comprobar el nivel de aceite del coche.



Salgo al balcón a fumar un cigarrillo. Cuando nos mudamos aquí, nos gustó que tuviera balcón, pensamos: no todo el mundo tiene esta suerte. Juliette puso algunas plantas, que cuida con mucho esmero. Y de paso el piso no apesta a tabaco. Pero ahora tenemos pensado irnos. Nos gustaría comprar una casa con algo de terreno en las afueras de la ciudad. Hemos visitado algunas en Trignac y hasta en Saint-Brevin, al otro lado del puente, pero no hemos encontrado nada que nos guste, o era muy caro. Hemos conseguido ahorrar un poco, los padres de Juliette nos prestarán parte del importe de compra, y el banco nos garantiza que nos dará hipoteca para el resto. A lo mejor buscamos una casa más pequeña, ya no necesitamos tres habitaciones.

Exhalo el humo del cigarrillo. Pienso: ¿cómo pude negarme a ver las señales, por débiles que fueran? ¿A advertir los indicios? ¿A escuchar a mi mujer, que es la más increíble de las madres? ¿A buscar una conversación con mi hijo? El psicólogo me ha asegurado que no debo culpabilizarme: la mayoría de las víctimas de acoso se encierran en el silencio, cuando no el disimulo, se las arreglan para que su entorno no advierta nada, sobre todo no quieren despertar sospechas, porque las sospechas las obligarían a pasar a las confesiones, a señalarse como víctimas, a reconocerse como tales.

La confesión a su vez activa un engranaje, las obliga a aceptar que está fuera de su control, que lo ejercen otros, y eso es justo lo que las aterroriza, porque tienen pavor de que sus acosadores sean informados de su miedo y sepan que se han chivado, que han sido lo bastante miserables como para chivarse, para refugiarse detrás de terceros, es la demostración flagrante de su cobardía, de su nulidad. De pronto, me agarra un ataque de tos y pienso que no es solo culpa del cigarrillo.

El primero que se metió con Hugo se llama Mathis. Es el que se burló de su camiseta. Lo que no sé es si el zarpazo se le ocurrió al momento o si llevaba tiempo pensándolo. ¿Señaló su presa al azar o se había fijado antes en él? No sabemos nada. Solo que pronto encontró un cómplice, en la persona de Rayan. Claro que esos dos eran inseparables, habían crecido en el mismo barrio, habían hecho «travesuras» juntos (así es como sus padres calificaron sus fechorías anteriores, cuando les interrogaron, como si incendiar papeleras, robar en un supermercado, ir en moto a los doce años, y encima sin casco, fueran simples «travesuras»! «Ya les reñimos, ¿eh?, pero ya saben lo que son los chavales a esa edad», objetó una de las madres).

Ya lo he dicho antes: todo su ensañamiento derivó de aquella primera burla. Ante la apatía de mi hijo, se creyeron autorizados a seguir, a proferir otros sarcasmos, a ridiculizarlo aún con más intensidad. Cuando Hugo tocaba algún objeto o alguna puerta, se acercaban y gesticulaban como si le estuvieran poniendo desinfectante. Y al menor intento de enfadarse de Hugo, se encogían de hombros: «¡No te lo tomes a mal, capullo!», gritaban, antes de alejarse entre risas. Poco a poco, los ataques se multiplicaron, en el patio mientras los asistentes educativos miraban hacia otro lado, en los pasillos en medio de la gente, en las escaleras, en el aula cuando el profesor estaba de espaldas: tirones del pelo, collejas, empujones deliberados, zancadillas, bolitas de papel lanzadas a la cara e incluso, en una ocasión, un compás. En el comedor ya no se sentaba nadie a su mesa, le enseñaban el dedo medio cuando pasaba. Los ataques se volvieron incesantes. Y luego llegaron los insultos. Contra nosotros, su familia. «Tu madre es una

puta», «sois unos muertos de hambre». Los más frecuentes, contra él directamente: «No sirves para nada, aquí no pintas nada, solo eres un perdedor, un microbio, un piojo». Le endilgaron apodos atroces: maricona, chupapollas, mierdón, bastardo, bufón, forúnculo. Se dedicaron a hacerle juegos odiosos, encerrándolo en el baño, tirándole comida encima. Por último, pasaron a las amenazas: «Te vamos a pelar, te vamos a meter una escobilla de váter por el culo, te perforaremos». Todo esto lo supe meses después.



Enzo también se ha vestido. Bermudas blancas, camiseta blanca. Se diría que va vestido de vacaciones. Si no fuera porque nada en él transmite la emoción y la despreocupación propios de las vacaciones. Sabe que hoy el blanco es el color del luto. Sabe que queremos estar del lado de la luz, de la pureza, de la inocencia. Que, durante unas horas, podremos alejar las sombras, la crueldad, la desolación. También percibe que todo esto no es más que una ilusión, que la blancura no le devolverá a su hermano, no reducirá su pena, su dolor, no responderá a las preguntas que se agolpan en su cabeza, pero sigue el juego, acepta el espejismo, la quimera. Digo: «Aún tardaremos en salir. Tienes tiempo de sobra para jugar con la consola. O también podemos ir a dar una vuelta mientras tanto». Me mira. «Prefiero ir a dar una vuelta contigo».



Aviso a Juliette por el vano de la puerta del cuarto de baño. Masculla («¿De verdad crees que es buen momento?») y acaba accediendo («Vigilad la hora. Te recuerdo que tenemos que estar listos a y media»). Enzo propone que vayamos al jardín botánico y me sorprende. Creía que me propondría fijo ir a ver el mar. Le encanta Sammy, esa extraña águila de bronce, plantada en el agua, que lleva encima a un soldado americano. También le gustan las *pêcheries*, esas casetas encaramadas sobre el agua desde donde se lanzan al mar redes de pesca cuadradas. Pero se ve que esta mañana la que manda es su infancia. Dice: «¿Te acuerdas de cuando yo siempre

quería ir al parque infantil, de pequeño?». Mi hijo de nueve años habla de cuando era pequeño como de una época lejana, que exigiría un esfuerzo de memoria. Sonrío. «Sí, me acuerdo muy bien. Tampoco hace tanto tiempo». Pero puede que Enzo tenga razón: ¿qué significa tanto tiempo cuando el tiempo se nos escurre entre los dedos, cuando todo lo que un día conocíamos ha dejado de existir?



Salimos. Enzo anda en zigzag por las aceras como si evitara charcos imaginarios, se para en los semáforos como le hemos enseñado, se queda pegado al escaparate de una pastelería, habla de todo y nada sin molestarse en comprobar si lo estoy escuchando, dice que lo que más le gusta son las clases de inglés (está en CM1, en mi época a esa edad aún no se daban lenguas extranjeras), que Kévin tiene una gorra «megachula» (quiere una igual), que la banda sonora de *La patrulla canina* es «un truño» (pero la película le encantó). Al final, llegamos al parque por el bulevar Président-Wilson. Me doy cuenta de que hacía al menos dos o tres años que no ponía los pies aquí, cuando en realidad no queda muy lejos de casa. Pero el trabajo, hacer la compra el sábado, ver a la familia el domingo, el mal tiempo, el cansancio: hay tantas excusas, buenas o malas... No hay casi nadie porque es muy temprano, apenas algunos ancianos, porque al amanecer ya no podían seguir durmiendo o porque temen el calor de la tarde. Me sorprende la calma. La idea de que aún queden lugares tranquilos, incluso en medio de la ciudad, o lugares tranquilos y punto. Podemos pasear entre las mimosas, las adelfas, por las sendas del jardín que parecen serpientes dormidas. Mi hijo desliza su mano en la mía.



Murmura: «La última vez que vine aquí fue con Hugo». Fue precisamente aquel día cuando descubrió los horribles textos que recibía en el móvil. Estaban sentados uno junto al otro en un banco y empezaron a aparecer mensajes. Al principio, Enzo creyó que era

una conversación. Pero enseguida entendió que estaban bombardeando con SMS a su hermano, que él no contestaba, que cada mensaje parecía una herida, por mucho que se esforzaba por disimular (su boca hacía «una mueca»). Para tranquilizarse, Enzo prefirió bromear. «¡Qué insistente, la tía! La tienes coladita». Pero Hugo no se rio, ni siquiera sonrió. Tenía la mirada perdida. Entonces, Enzo se atrevió. «O es un tipo pesado». El hermano se quitó de encima la pregunta. «No es asunto tuyo». Dice Enzo que en ese momento se dio cuenta de que pasaba algo, algo raro. Fingió que no le interesaba ya su hermano, incluso sacó su consola para jugar y, en cuanto pudo, empezó a mirar de reajo, por encima del hombro, los SMS que seguían llegando uno tras otro: «Maricón, te vamos a follar bien» o «Verás qué fuerte te la meten, seguro que te gusta». Enzo se quedó paralizado. Nunca había leído palabras tan groseras (las había oído, resonaban por todas partes, la calle, la tele, a veces el cole, y siempre le habían repugnado bastante). Pero lo que jamás se le habría ocurrido es que pudieran meterse con su hermano mayor (su ídolo, su roca, su modelo), y encima de forma tan violenta. Tampoco se le había ocurrido jamás cuestionarse la sexualidad de su hermano. Estuvo a punto de pedir alguna explicación, pero ya imaginaba que no la obtendría y entonces, ¿para qué intentarlo? Se quedaron aún unos minutos en el banco, con la única distracción de la vibración de cada SMS que entraba, de cada insulto catapultado.



El pequeño no mencionó este episodio en su momento. No consideró oportuno avisarnos. No se lo reprocho: supuso que su hermano se había «peleado con algún compañero del insti, nada más», nos confesó más tarde. Nosotros también tardamos mucho tiempo en calibrar el alcance de los daños.



Sin transición, Enzo me dice que le gustaría ser jardinero. Aprende el nombre de las plantas y los árboles, el ritmo de las estaciones; es un

trabajo que le gustaría. No le replico que no solo es contemplar los árboles o dibujar paisajes, sino que hay que salir haga el tiempo que haga, cavar, desherbar, desbrozar, recoger hojas, ensuciarse las manos, partirse la espalda, tampoco le digo que tendrá tiempo de cambiar de opinión. Y además, en el fondo, tiene razón, sería un buen oficio. El año pasado, soñaba con subirse a un barco, se veía pescador de alta mar. Su hermano, en cambio, no tenía ninguna idea concreta sobre su futuro. Supongo que querría tirar por la vía del arte y no se atrevía a decírnoslo por miedo a nuestra reacción. Sí, seguro, lo habríamos intentado desanimar, como todos los padres, le habríamos dicho: «Sácate el bachillerato, ve a la universidad, solo eso te dará seguridad», porque eso es lo que se quiere para los hijos, seguridad. A veces crees que haces las cosas bien y te equivocas. Escucho a Enzo mientras me nombra las plantas, las hierbas y los arbustos que vamos viendo a nuestro paso. Pienso que aún estamos a tiempo de no equivocarnos. Enzo es el único hijo que nos queda.



Veo, sin embargo, que se muere de ganas de hablar de su hermano, pero titubea, el tema sigue siendo demasiado doloroso, tiene miedo de no poder, de hacerme daño. Al final, se lanza. «Sé que me acostumbraré... sin él... no me queda otro remedio, me digo que nunca más será lo mismo, que esto me durará toda la vida... que no esté... cuando debería estar». Me lo quedo mirando, he escuchado todas sus pausas, sus titubeos, sus tormentos, le paso la mano por el pelo y seguimos caminando.



Un día, los abusadores de Hugo empezaron a acosarlo en las redes sociales. Se ve que no les bastaba con la hora del recreo, con el material escolar robado, con la marginación y las provocaciones. No les bastaba tampoco ya con los insultos por mensaje privado y la persecución constante y repetida por teléfono. Necesitaban un público, necesitaban espectadores, necesitaban una caja de

resonancia. Y fue tan sencillo como crear unas cuentas anónimas, inventarse alias, falsas identidades, formar grupos, «bucles», y denigrar, colgar publicaciones ofensivas, maledicencias, insinuaciones humillantes, difamaciones, rumores infundados, fotos desfavorables o embarazosas, o manipuladas para volverlas obscenas, en Instagram, en Snapchat, en TikTok (o en vete tú a saber qué otro sitio, yo conocía muy poco o nada todos esos espacios porque no me interesaban en absoluto, porque yo no tenía nada que contar, nada que enseñar, porque me gustaba más la gente de carne y hueso); y luego solo había que confiar en el efecto manada, porque bastaba con unos pocos líderes para arrastrar a muchos seguidores. He descubierto esos territorios nuevos para mí, esa extensión infinita de odio donde puedes atacar sin el menor riesgo de que te hagan nada, sin temer la más mínima consecuencia. Dios mío, lo lejos que estaba yo cuando mi hijo me necesitaba.



Enzo dice: «Y tú, papá, ¿cómo estás?».

Si se piensa bien, es la pregunta más trivial que hay, la más corriente, la que se hace como un reflejo, sin siquiera escuchar la respuesta, como quien dice hola. Pero ahora esta pregunta ya no es trivial, y nadie se atreve ya a hacérmela, a hacérmela, o si acaso con expresión contrita, con obligada compasión. No en el caso de Enzo, que se lanza, sin ponerle ni gravedad ni aflicción, con una naturalidad que desarma. Pero que nadie se engañe: él sabe que no es una pregunta anodina. La hace precisamente porque no lo es. Y porque es un niño atento y generoso. Porque le quiere decir a su padre: tienes derecho a admitir que no estás bien, incluso delante de tu hijo, tienes derecho porque nos conocemos muy bien, y no vamos a disimular, y porque es normal no estar bien, lo que sería raro sería lo contrario.

Controlo mis emociones y susurro: «Supongo que como tú. No muy bien, ¿verdad?».

Me sonrío. Confirma. «Sí, exacto. No muy bien».

Y, los dos a la vez, volvemos la vista hacia los reflejos plateados del Atlántico a lo lejos, hacia las embarcaciones estacionarias, borrosas.



Nos sentamos sobre la hierba y nos quedamos un buen rato ahí, los dos, con el calor matinal en la cara, como si tomáramos el sol, como si la vida pudiera volver a ser dulce. No nos decimos nada y lo más curioso es que no nos resulta incómodo, aunque no estemos acostumbrados a momentos así los dos solos, y aún menos a momentos sin hacer nada, arrancados de nuestras pequeñas urgencias. Cuando nos levantamos, veo que la hierba le ha manchado de verde las bermudas, en el trasero. Juliette me matará.



Al llegar a casa, veo que Juliette ha acabado de prepararse. Ha optado por un vestido corto que se pone a veces cuando salimos de noche en verano, para ir arreglada. Aun a su pesar, parece una modelo de calendario de los años sesenta, al estilo de Sylvie Vartan. Yo no le comento nada, pero ella ha visto enseguida mi breve expresión de sorpresa (sabe leer todos mis gestos, como yo sé leer todos los suyos). «No te parece adecuado, ¿verdad? Va, idilo!». No respondo enseguida. «A mí me gusta». Se gira sobre sus talones. «Vale, me pondré vaqueros y camiseta». Y se va al dormitorio. Aprovecho para sugerirle a Enzo que vaya a por otro par de bermudas. «¿El verde caqui?», me pregunta. Le digo que sí con el pulgar.



Juliette no conseguía quitarse de la cabeza la imagen de los dos chicos que habían empujado a Hugo en el instituto (en esos momentos ignorábamos la dimensión que habían adquirido las vejaciones, pero solo aquel enfrentamiento ya la obsesionaba). Un día, explotó: «Porque, a ver, ¿quiénes son esos niñatos?», antes de pasar a «¿quiénes son esos gilipollas?». Y yo le contesté: «Precisamente eso, unos gilipollas». Mi respuesta no la convenció.

«No, no, tendrías que haberlos visto. No eran solo agresivos, no querían solo burlarse de Hugo o ponerlo lo más nervioso posible, se captaba su necesidad de humillarlo, de dominarlo. Como si intentaran demostrar su poder, para que les tuvieran miedo, no respeto, fíjate, miedo». Yo insistí, como un idiota: «Pues eso, unos gilipollas». Se puso furiosa. «¿Pero tú te estás oyendo?». Humillan a tu hijo por el simple hecho de que se creen autorizados a hacerlo ¿y a ti solo se te ocurre eso?». Pregunté: «Supongo que eran más fuertes que él, ¿no?». Juliette confirmó: «Sí, uno estaba muy fuerte y el otro era gordo». Entonces, yo concluí: «A eso se le llama la ley del más fuerte. No niego que sea lamentable, pero es un clásico». Juliette se encogió de hombros y se largó, como acaba de hacer ahora.



Otro día por la mañana, avanzó un diagnóstico: «Esta noche he estado pensando. No podía dormir. En el fondo, son chavales sin la menor sensibilidad, sin ninguna empatía. Deberías haber visto su mirada, una mirada de ternero, una mirada muerta». Contesté: «Pues entonces Hugo hizo bien en no reaccionar. ¿Cómo quieres dialogar con terneros?».



Mi mujer y yo ya no hablamos nunca de todo aquello; o casi nunca. Desde que nuestro hijo ya no está, Juliette no se lo permite, al menos conmigo (sí lo habla con su amiga Céline, las sorprendí un día al teléfono). Imagino que no podría contenerse y me cubriría de reproches. Y seguro que no quiere empeorar las cosas. Hace bien. Y hace mal: habría que reventar el puto grano de pus.



Cuando vuelve al salón, Juliette mira la hora del reloj de pared. Aún falta un buen cuarto de hora antes de que lleguen sus padres. Se sienta en el sofá y se pone a hojear la revista de programas de la tele sin detenerse en ninguna página. Yo, mientras, me instalo en el

sillón que hay al final de la mesa de centro. Me paseo las manos una y otra vez por las piernas, como cuando era pequeño y había hecho alguna tontería y me disponía a confesárselo a mis padres.

No fui un niño particularmente fácil, mi madre me lo repite siempre. Luego suele añadir sonriendo: «¡Menos mal que no tuvimos otro como tú!», pero es una sonrisa forzada, le hubiera gustado tener más hijos, no llegaron y creo que en cierta forma por eso se hizo niñera. En fin, que solía mantenerme al margen pero alguna que otra vez encontraba la forma de enredarme con otro niño, tanto en primaria como en el instituto. Más adelante me he preguntado si fui un agresor. Pero creo que no, que lo que pasaba es que funcionaba como una olla a presión, entraba en ebullición, sin razón aparente, explotaba y, al segundo, volvía a bajar. Y no iba dirigido contra nadie: mi ira caía justo sobre quien se hallara cerca en ese momento, y a menudo acababa reconociendo que solo había sido un bestia, que era mi forma de pedir perdón sin decirlo. El médico propuso una explicación: «Es porque se guarda demasiado dentro las emociones y preocupaciones, deberían enseñarle a comunicarse mejor». Mi padre le respondió: «No somos una familia muy habladora».

Así pues, para ser sinceros, no es solo culpa de Juliette que evitemos el tema que nos haría enfadar. Yo también tengo algo que ver en eso. Soy bastante asocial y siempre me ha costado mucho expresarme.



Juliette levanta la cabeza. «Creo que va a haber mucha gente». Le pregunto: «¿Cuánto es mucha gente?». Parece hacer una cuenta mental. «No sé, pero cientos de personas, tal vez mil». No digo nada. Continúa, como si hablara sola. «Mejor si hay mucha gente. A ver si así les calla la boca, a esos malditos críos y a sus padres». Sigue metida en esta historia de venganza. Yo siento lo mismo, pero confío más que ella en la justicia. «El juicio los calmará». Juliette no esconde sus dudas. «Sí, si ganamos. Porque, con las leyes y los jueces que tenemos... Al menos, que la gente salga a la calle dice

algo, y lo dice enseguida». Y vuelve a sumergirse en la revista de la tele.



Después se instala el silencio. Nos quedamos inmóviles, como personas que se aburren, al menos en apariencia, porque la cabeza no para de darnos vueltas.

Supongo que sigue pensando en los cabrones, los perseguidores. Y en sus padres, que los han protegido. Y en todas las personas que lo vieron todo y no dijeron nada. Piensa en los enemigos.

Yo, por mi parte, intento recordar a mi hijo. Su belleza, su pureza, su amabilidad. Y me odio por todos los momentos en los que manifesté indiferencia respecto a él o en los que me enfadé. Sin embargo, sé que estas contrariedades forman parte de la vida. Que ninguna familia escapa a ellas. Pero preferiría que todo fuera sin tacha alguna. Que todo fuera tan blanco como lo que nos espera hoy ahí fuera.

Recuerdo una escena. Se había enfadado con su hermano. El pequeño jugaba con su consola y hacía ruido, un ruido repetitivo e irritante. Hugo le pidió que quitara el sonido o que parara y su hermano no le hizo el menor caso, se lo volvió a pedir, con idéntico resultado, entonces se levantó, le quitó la consola con un gesto muy violento, la arrojó a la otra punta de la sala y le gritó. El pequeño se quedó atónito. Yo, testigo de la escena, intervine para reñir a Hugo, decirle que no era forma de comportarse. Lo agarré por el brazo y le dije: «¿Pero qué te pasa?», le pedí que se calmara y se disculpara, y que allí no había pasado nada. Se soltó, siguió gritando de una manera por completo desaforada. Lo mandé a su habitación y me puse a consolar al hermano. Cuando todo se había calmado, pensé: no es normal, ese no era para nada Hugo, por primera vez sentí miedo.

Al poco de aquel arrebato, Hugo se rendiría por fin y aceptaría contarnos las cosas. No he olvidado aquella noche, ¿cómo olvidarla?

Juliette estaba preparando la cena y yo cambiando una bombilla que me había pedido mil veces que cambiara, enseguida nos

sentaríamos a cenar, Hugo estaba poniendo la mesa, le tocaba a él esa semana, Enzo hacía el vago en su habitación. Y entonces soltó de pronto, con un tono más bien desenvuelto (pero que a posteriori entendimos que era una desenvoltura totalmente fingida): «Creo que me gustaría cambiar de instituto. Todo el mundo dice que el Saint-Louis está muy bien. Además, está más cerca de casa». En otras circunstancias, tal vez hubiéramos estado dispuestos a hablarlo. Pero estábamos a mitad de curso y, de todas formas, en junio él ya iba a dejar el André-Marlaux, y además nunca habíamos pensado en llevar a nuestros hijos a la privada. Además, su frase no se aguantaba por ningún lado. Juliette y yo nos miramos porque enseguida adivinamos que aquella extraña petición ocultaba algo más. Ella fue directa al grano: «¿Qué ocurre en el André-Marlaux?». Empezó a echar balones fuera, con una risita sarcástica que sonaba de lo más falsa: «Nada, no pasa nada. Precisamente por eso, porque en el André-Marlaux nunca pasa nada». Su madre contraatacó en cuanto él puso el punto a la frase. «Hugo, ¿me tomas el pelo? No se pide cambiar de instituto así como así. Algo te ha pasado. Y solo queremos saber qué te ha pasado». Hugo dejó los platos sobre la mesa y bajó la mirada. «Ya sabes, los chicos de mi edad siempre nos metemos en broncas. Y yo no quiero más broncas». Lancé una mirada a Juliette para que me dejara seguir a mí. Dije, despacio y muy calmado: «¿Qué tipo de broncas? No te vamos a reñir, cuéntanos». Levantó la cabeza. Le había cambiado por completo la expresión, tenía los ojos inundados de lágrimas y le empezó a temblar el cuerpo. Su madre se lanzó a abrazarlo.



Acabábamos de descubrir un continente.

No lo puedo decir mejor: un continente.

Descubrimos que sus acosadores hacían gestos de felación cuando lo veían, se colocaban tras él para tocarle el trasero mientras decían: «Reconoce que te excita, maricón de mierda», lo esperaban a la salida de los lavabos y gritaban para que lo oyera todo el mundo: «¿Qué tal? ¿A quién se la has chupado?».

Descubrimos que él les dijo que eran unos homófobos y ellos contestaron: «¡Mira qué palabras tan complicadas conoce la muy payasa, se hace la intelectual!».

Que entonces intentó ablandarlos haciéndose medio amigo de ellos y ellos duplicaron la violencia, porque la propuesta les dio asco y semejante humillación por parte de su blanco preferido los envalentonó. Que a partir de entonces decidió ni contestar ni insistir, con la esperanza de que lo dejaran en paz, pero siguieron insultándolo y caricaturizándolo.

Que lo aislaron de sus pocos amigos, a los que instaron a que eligieran su bando.

Que entonces adoptó el perfil más discreto posible, llegando al instituto en el último minuto, poniendo los pies en polvorosa en cuanto sonaba el timbre, escondiéndose en la biblioteca durante los recreos, corriendo hacia la enfermería por migrañas imaginarias, pero que ellos descubrieron todos sus trucos y lo esperaban a la puerta del aula, lo perseguían hasta la biblioteca, lo esperaban al acecho a la salida de la enfermería.

Que, en su desesperación, se encogió sobre sí mismo, y esto no hizo más que reforzarles su convicción de que eran todopoderosos.

Que difundieron a través de un grupo de WhatsApp un vídeo en el que lo tiraban al suelo sin que él se defendiera, y lo adornaron con emojis que expresaban hilaridad y desprecio.

Nos quedamos sin palabras. Los tres estábamos sentados en torno a la mesa de la cocina, aturridos. Enzo nos encontró en este estado de postración. Dijo: «¿Me he perdido algo?».



Ahora les pido que se pongan en nuestro lugar. Por un momento. Solo un momento. Su hijo acaba de contarles esto, la humillación, la persecución, el ostracismo, el aislamiento. Es su hijo, su hija, tiene doce, ocho o catorce años, es carne de su carne, es lo más valioso que tienen en el mundo, e, incluso si no se lo repiten cada mañana, es una certeza, posiblemente la más arraigada de todas sus certezas. Es el ser al que deben proteger, defender, sostener, ayudar

a crecer. Y acaba de confesarles esto. ¿Están ahí? ¿Se imaginan su estupefacción? ¿Su tormento? ¿Su culpabilidad? ¿Su dolor? ¿Su rabia? ¿Notan cómo les invade? Les desborda, les supera, les aniquila. Y esto no es más que el principio. Esto son solo los primeros minutos.

2

El sonido del timbre de la puerta de la calle me saca de repente de mis pensamientos. Han llegado mis suegros.

Lo primero que me sorprende, cuando les abro, es cómo van vestidos. Llevan camisetas, hechas para la ocasión, en las que pone, en mayúsculas: justicia para hugo. Juliette se queda igual de sorprendida, aunque intuyo que también emocionada. Su madre lo explica: «Hemos encargado quinientas, lo acordamos así con los organizadores, antes de venir hemos pasado a dárselas, las reparten gratis entre los participantes, como es lógico también hay para vosotros». Oigo a Juliette que responde: «No hacía falta», como murmuraría una ama de casa a los invitados que se presentan a la cena con flores o bombones. Menea la cabeza en mi dirección, a la espera de mi reacción. Carraspeo. «Es una buena idea... y nos emociona, de verdad... Pero quizá nosotros... como somos los padres... no estamos obligados...». Mi suegra, supongo que dolida porque su iniciativa no ha sido recibida con el entusiasmo que esperaba, me lanza una mirada seca. Intento justificarme: «Cada cual vive el duelo a su manera». Es una frase comodín, pero que cierra el tema. Porque, en efecto, el dolor y la ira no se expresan igual según las personas.

Recuerdo, por ejemplo, que el primer día algunos se sorprendieron de que yo no dijera ni una sola palabra, que permaneciera en la postración, como si fuera obligatorio gritar o llorar. Yo estaba

destrozado por dentro, estaba muerto por dentro, los muertos no hablan, no se mueven.



Enzo, que ha oído a sus abuelos, sale y se une a nosotros. A él le encanta la camiseta y pide una; sonrío. Su abuela tira de él y lo abraza con fuerza. Con mucha fuerza. Pero la entiendo: ha perdido un nieto, protege de forma inconsciente al otro, para que no se repita la desgracia, aunque también podría estar agarrándose a él como a una boya salvavidas. Enzo se deja hacer, él también ha comprendido. Desde la muerte de su hermano, sabe que se lo considera un superviviente, un tesoro por conservar.



Nos instalamos todos en el salón, en el sofá y los sillones. Enzo se sienta a medias sobre el brazo del sofá. Digo: «¿Habéis encontrado mucho tráfico?». Prefiero optar por un tema de conversación que no tenga que ver ni con Hugo ni con la marcha, mejor no entrar enseguida en materia. Responde JeanLouis. «No había ni un alma. Ya sabes... un sábado por la mañana... en este sentido de la circulación...». Vuelve el silencio. Juliette lo rompe: «¿Habéis dejado a Lola a cargo del servicio hoy?». Contesta su madre: «Al final hemos preferido cerrar a mediodía, hemos pensado que a la gente le habría... chocado que tuviéramos abierto». Ha dudado sobre «chocado», ha buscado la palabra adecuada, quería decir: en un día como este no se puede dar la imagen de que piensas en la facturación. Juliette dice: «Ah», sin añadir nada más. Nicole continúa hablando: «No sé si lo habéis visto, en *Ouest France* hablan de la marcha. Así seguro que viene más gente». Ya hemos entrado en el tema. Añade: «Además, cuando nos hemos parado en la rotonda para dejar las cajas de camisetas, ya había un montón de gente». Pregunto en general: «¿Alguien quiere café?».



Me pongo en movimiento en la cocina con los ecos de la

conversación de fondo, pero enseguida desconecto. Necesito retomar el hilo de mis pensamientos. Vuelvo a Hugo, a lo que dijimos justo después de lo que nos contó.

Primero lo bombardeamos con preguntas.

Juliette empezó preguntando: «¿Quiénes son los que te molestan?». Hice una mueca: la palabra no era adecuada, a mi hijo no lo estaban molestando, lo estaban martirizando. Sin embargo, no la corregí. Se dirigió a él como si fuera un niño pequeño porque, de pronto, se había convertido en eso. Su angustia, sus sollozos, su pavor lo habían devuelto a la edad más vulnerable. Y a nosotros nos había devuelto a aquella época en la que, como padres jóvenes, todo te da miedo por tus hijos. Contestó: «No los conocéis». Su primer reflejo fue no denunciar a sus acosadores. Se podría pensar que hacía un esfuerzo por no ser un chivato o que le repugnaba ponerse a su nivel. Pero no, no era nada de eso: para empezar, se consideraba casi responsable de lo que le pasaba, los demás eran unos brutos pero, en el fondo, el problema era él. Después, vivía aterrorizado, aún; vivía en el terror más puro y simple.

Juliette insistió: «Nos lo tienes que decir. Necesitamos saberlo». Y era exactamente eso: necesitábamos la información, lo concreto, lo tangible, algo a lo que aferrarnos, necesitábamos también saber por dónde intentar corregir nuestra ceguera culpable, colmar nuestras enormes lagunas, rellenar los espacios en blanco, los vacíos. Hugo bajó la vista a los pies y luego soltó de mala gana un par de nombres propios. Juliette gritó: «¡Pero si sé quiénes son! Y quiénes son sus padres. ¡Esos malnacidos me van a oír!». Hugo la interrumpió y suplicó: «No, mamá, sobre todo tú no te metas, por favor. Si te metes, será aún peor». Juliette no quiso desistir. «¿Y qué hacemos entonces? ¿Dejamos que todo siga igual como si no pasara nada?». Hugo respondió con tono amenazador. «¡Si intervenís, no os lo perdonaré nunca!». Luego murmuró, para ablandarnos: «Seguro que al final se arregla. Además, en tres meses me largo de ese instituto». Su madre no se resignó a esa solución de espera. «Volveremos a hablarlo. ¡No creo que nos quedemos con los brazos cruzados...! ¿Verdad?», añadió mirándome. Asentí.

Siguió preguntando: «¿Cuánto hace que dura?». Hugo volvió a

marear la perdiz. «No lo sé... varias semanas...». Su madre, impaciente, dijo: «Varias semanas no es muy preciso que digamos. ¿Desde este invierno?». Hugo amagó: «Sí, eso, desde este invierno». Juliette se acercó a él para decirle con suavidad: «Cariño, sería mejor si nos lo contases todo con detalle». Él se enjugó una lágrima.

Juliette insistió: «¿Cómo empezó todo?». Entonces nos contó el primer empujón, la primera burla. «¿Y tú reaccionaste?». Negó con la cabeza. Juliette dio un paso atrás. «Como es lógico, no te voy a reprochar nada, pero, ¿por qué no hiciste nada?». Hugo admitió: «Pensaba que sería solo una vez». Su madre había tocado el punto sensible. «Pero entonces, ¿la segunda vez?». Él se justificó, como si estuviera entre la espada y la pared: «Mamá, date cuenta, son más fuertes que yo». Y entonces se señaló la delgadez. Se avergonzaba de su cuerpo. Incluso le asqueaba. Estaba convencido de que su delgadez era la causa de su tormento. Juliette abrazó a su hijo para demostrarle que ella lo quería tal como era, pero él se desembarazó. No quería compasión. Y, desde luego, el cariño de su madre no iba a hacer que le gustara su anatomía.

Juliette sobrevoló el desaire y retomó su interrogatorio sin dejar notar nada. «¿Con qué frecuencia?». Hugo frunció el entrecejo. Ella concretó: «¿Pasa de vez en cuando? ¿O todos los días?». Se quedó mirándola: «¡No estás entendiendo nada! Es todo el tiempo». Recuerdo a la perfección aquel «todo el tiempo». Sentí un sudor helado recorrerme la espalda.

Hugo aprovechó nuestro silencio estupefacto para exigir que paráramos la conversación: «¿Ya? ¿Podemos dejarlo?». Era evidente que lamentaba haber confiado en nosotros y tenía miedo de lo que pudiéramos decidir hacer. Juliette se batió en retirada. «Lo siento, hijo, te obligamos a contar cosas que no son fáciles. Solo intentamos verlo claro».

Sin embargo, no podíamos dejarlo ahí. Tomé el relevo: «Es normal que tengas miedo. Con lo que te hacen sufrir. Pero no tienes que sentir vergüenza. Nunca. Tú no tienes la culpa de nada. Eso métetelo en la cabeza: tú no tienes la culpa de nada».

Juliette dio un respingo: lo que yo acababa de decir le parecía

bien, muy bien. Continué: «Además, en cualquier caso, no moveremos un dedo sin tu conformidad». Hugo pareció tranquilizarse enseguida. No íbamos a agravar su caso, a ponerlo en una posición comprometida en la que pareciera un niño que había ido a llorar a las faldas de su madre o que se había chivado, lo que hubiera dado a sus agresores nuevos motivos para despreciarlo y humillarlo. No, no haríamos nada por el estilo. Pero, entonces, ¿qué teníamos que hacer exactamente?

Cuando salió de la estancia, Juliette y yo nos miramos. Nos sentíamos afligidos, furiosos, miserables, impotentes.



Llevo el café al salón. Mis suegros apenas me miran mientras coloco las tazas ante ellos.

De hecho, mi suegra sigue hablando: «El otro día encontré un artículo en *Version Femina* que trataba sobre el perfil de los acosadores. El periodista decía que suelen ser chicos inmaduros. O sea, daba la impresión de que eran excusables». Se esfuerza por reprimir su rabia, por no pronunciar palabras insultantes, pero solo se ve su esfuerzo, oímos los insultos que se calla, porque nosotros también podríamos pronunciarlos, los hemos pronunciado. Mi suegro le da la razón a su mujer: «Inmaduros, ¿y qué más? Pues bien que dan vueltas por su barrio con coches que a saber de quién son, miran porno, fuman porros y van de matones, para eso sí que son maduros, ¿no?». Estamos de acuerdo con él.



Nicole continúa: «El periodista también decía que la mayor parte del tiempo ellos no se sienten culpables». Eso lo sabemos, nos lo explicó un psicólogo: muchos agresores ignoran la culpa, muchas veces porque les obsesiona su popularidad, todo es por su necesidad de ser admirados, y no les preocupa nada más. El mismo psicólogo nos contó que existe un «efecto cabina», en referencia a los pilotos de aviones de caza que arrojan bombas en territorio enemigo sin saber nada de la destrucción que provocan; la comparación nos pareció

elocuente y terrible. En cualquier caso, que sea posible que esos chicos no sean conscientes de la gravedad de sus actos hasta el punto de considerarlos aceptables nos sigue dejando atónitos. Aún no he olvidado mi estupefacción cuando oí las primeras palabras de uno de los acosadores de mi hijo: «Era broma».



Jean-Louis se suma, elevando el tono: «Se empeñan en que los veamos como unos mocosos pero ya os digo yo que sabían muy bien lo que hacían. Y lo hacían porque, en el fondo, estaban seguros de que no les pasaría nada. Y así ha sido, no les ha pasado nada». La impunidad de la que se beneficiaron, y de la que se jactaron, alimentó nuestra ira. Una ira que no se ha apagado. Entre otras cosas, porque nos ayuda a resistir. Y nos da un objetivo: hacer reconocer que Hugo fue una víctima, que trató con criminales, perseguidores. Los mismos que acabaron con él.



Por otra parte, no es solo ira: es rabia. Odiamos a esos pequeños salvajes, a esos canallas, estamos esperando a que admitan su crueldad, y que lo paguen. Queremos que los medios de comunicación los exhiban como a animales de feria, que la justicia los persiga y los obligue a rendir cuentas públicamente, que los condene para que ellos también lo pasen mal. Se ve que no es un sentimiento noble, pero me importa un rábano, lo asumo. Bebo demasiado deprisa mi café. Me quemo.



Un detalle nada menor. La primera vez que pronunciamos la palabra «acosadores» delante de nuestro hijo, tuvimos la impresión de que no la conocía. Para él, esa palabra no existía, acabábamos de inventarla.



Poco tiempo después, tuvimos una conversación Hugo y yo, solos.

Estábamos los dos en casa, su madre había quedado con una de sus amigas del instituto, que salen a tomar un té o una cerveza de vez en cuando a Le Pré Vert, en fin, Hugo se me acercó, lo noté por detrás pero no me moví, intuí que me quería decir algo, esperé, a mi hijo no hay que presionarlo, no había que presionarlo, fingió que buscaba un libro y entonces soltó: «Había pensado en practicar algún deporte». Me giré y solo dije: «Ah, ¿sí?», sin insistir. Y, como yo no insistía, añadió, sorprendido: «¿No te parece que sería una buena idea?». Asentí: «Si tienes ganas, sí, es una buena idea». Bajó la cabeza. Era evidente que no tenía ganas. El deporte no era lo suyo, nunca expresó ese deseo, a diferencia de su hermano, que no se está quieto en un sitio, un día se apuntó a judo, otro empezó tenis y luego quiso que lo inscribiéramos en natación. Dije: «¿Por qué quieres hacer deporte?». Respondió sin rodeos: «Para muscular». Lo que contaba —estaba claro como el agua— era adquirir por fin un aspecto que disuadiera a sus acosadores, desembarazarse de ese punto débil que era su punto de ataque. Fui un poco aguafiestas. «Lo que pasa es que muscular lleva tiempo». Hugo volvió a bajar la cabeza. «Lo sé». Como su desilusión me dio pena, le confesé, obligándome a reír un poco: «Si te sirve de consuelo, yo también lo intenté a tu edad y, como habrás visto, no me funcionó». Hugo sonrió y yo también. «De todas formas, no me emociona que te pelees». Lo dije bromeando, aunque no tanto. Mi hijo no se iba a volver un matón, de eso ni hablar. «Es solo para que me dejen en paz de una puta vez». Dije: «Ya lo había entendido». Se sintió en confianza. «La verdad es que me gustaría tener un aspecto más masculino». Lo miré fijamente y dije: «Eres como eres, como te ha hecho la naturaleza». Esta respuesta me desconcertó incluso a mí, que no suelo pronunciar este tipo de frases, me salió sola. En realidad, esperaba hacerle entender que nos daba igual, que lo queríamos tal como era». Pero él interpretó esas palabras cariñosas como la confirmación que tanto temía, y se sintió muy herido. «¡O sea que tú también piensas que parezco una chica!». Yo exclamé: «¡Para nada!». Me miró. Balbuceé: «No pareces un culturista, vale, pero tampoco pareces... una chica, como dices. Tienes un cuerpo estirado, sí, pero eso te da cierto aire». Hugo lo

repitió, hundido, con mirada de paciencia: «Cierto aire...». Yo tenía que seguir hablando. «Y a veces vas distraído, estás en las nubes. Eso da la impresión de que estás en tu burbuja. Además eres inteligente. Y eso cuenta». Arqueó las cejas: «¿Y qué tiene que ver?». Le di una explicación muy personal: «Los tipos que viven en su mundo y son inteligentes son siempre más refinados. Menos brutos, si lo prefieres». No parecía convencido. «El caso es que por esto me llaman maricón de mierda». Fui directo: «Que seas o no gay a ellos les importa un rábano. ¿Entiendes que para ellos es un pretexto? Necesitan la palabra para convertirla en insulto, esa u otra». Dejé pasar un tiempo de pausa. ¿No lo había pensado nunca? ¿O lo que le sorprendía es que yo hubiera reflexionado sobre eso? Hugo soltó: «En cualquier caso, vaya mierda, no da ninguna gana de ser gay, tiene que ser un infierno». Tras dudar unos segundos, aproveché la ocasión al vuelo. «¿Quiere decir eso que no lo eres? ¿Gay?». Dio un respingo, no se esperaba la pregunta. «¿Te jodería mucho que lo fuera? ¿Por eso preguntas?». Fui sincero: «¿La verdad? Preferiría que no lo fueras. Pero no porque yo tenga un problema con eso, ¿eh? No, porque la vida es más dura para ellos. Y la prueba está en tu caso. Te acosan porque piensan que lo eres. Y a los padres no nos apetece que nuestros hijos tengan una vida dura, no hay más». Hugo tenía los ojos húmedos. Se quedó callado un momento largo, y no interrumpí su silencio. Al final volvió a hablar: «Yo no sé si prefiero las chicas o los chicos, tengo catorce años, es demasiado pronto». Murmuré: «Cuando sea el momento, lo sabrás, y podrás decírnoslo, si quieres. Nosotros te queremos. Punto». Otra vez me sorprendió mi propia respuesta. Yo nunca había formulado las cosas así. Pero estaba contento de haberle dejado claro a mi hijo que lo amaba y que ese amor era incondicional.



Dado que Hugo estaba convencido de que, si él hubiera sido diferente, más fornido, más viril, no habría pasado nada de lo que pasaba, dedujo que todo era por su culpa. Nosotros intentamos sacarle aquella idea de la cabeza.



Así, tras hablarlo mucho, Juliette y yo nos lo llevamos aparte y le dijimos: «En realidad, deben de estar celosos de ti». Intentábamos no restarle importancia a lo que le ocurría, sino que lo viera desde otro ángulo. Sus agresores sentían envidia de él, Hugo, porque era un chico formidable. Nuestro objetivo era que, sobre todo, no les diera la razón a ellos, que no creyera ni por un segundo en sus insultos, que fuera consciente, por el contrario, de sus propias cualidades, que comprendiera que el problema no venía de él sino de ellos, a todas luces. Por desgracia, él no lo interpretó así y pensó que le teníamos lástima, que le contábamos un cuento solo para tranquilizarlo (en esos momentos, no fuimos conscientes del malentendido).



También le dijimos: «¡Tienes medios para plantarles cara, créenos!»». Una vez más, era nuestra forma de hacerle entender que podía defenderse, que su inteligencia, su personalidad, su originalidad no solo no eran desventajas, por mucho que le costaran burlas, sino que eran sus mejores bazas. Podían dar la vuelta a la situación. Se enfrentaba a unos brutos, unos imbéciles, bastaba con que hiciera frente a su falta de inteligencia con respuestas ingeniosas, él podía. Por desgracia, pensó que nos burlábamos de él: sabía que era tímido y torpe y estaba convencido de que no poseía esa mordacidad.



Por último, le dijimos: «Tienes derecho a huir cuando te mareen». Parecía sensato. Escapando de ellos escaparía a su crueldad. ¿De qué le servía quedarse quieto ante ellos, sirviéndoles de blanco, de saco de boxeo? Era mejor que saliera corriendo. Nos miró, consternado, sin contestar. Estaba consternado porque le aconsejábamos una forma de cobardía, pero, sobre todo, porque todas nuestras recomendaciones demostraban que no habíamos entendido nada, que no teníamos ni idea de la dimensión de lo que estaba ocurriendo. «Si fuera así de sencillo, todo el mundo lo haría»,

podría haber replicado, y nos habríamos dado cuenta de nuestra ingenuidad. Pero no dijo nada. Estuvimos mucho tiempo desencaminados.



También estuvimos mucho tiempo presos de la promesa que yo había hecho: no hacer nada sin su conformidad. Nos negábamos a infantilizarlo. Nos negábamos a intervenir a sus espaldas. En el fondo, nos equivocamos.



Nicole se remueve en el sofá y me devuelve al presente. Sigue alterada. «¡Al menos espero que no se le ocurra venir a nadie de la dirección del instituto! ¡Sería una vergüenza, un escándalo! Esa gente es capaz de presentarse con cara de lástima para aparentar que tiene la conciencia limpia». Aún no ha digerido la primera reacción del director del instituto. Nosotros, tampoco.

Porque al final convencimos a Hugo —y no fue fácil— de que no podíamos seguir de brazos cruzados y que con quien había que hablar era con el director. Si alguien podía hacer algo, era él. Recibiría a Hugo, lo escucharía, tomaría buena nota de los hechos, le garantizaría su apoyo y el del centro. A continuación, suponíamos que buscaría testigos para corroborar los hechos. Después, convocaría a los acosadores para exigirles que cesaran de inmediato su comportamiento. Hablaría también con sus padres. Se tomarían medidas sancionadoras y todo volvería a su lugar. Estábamos convencidos.

De entrada, Hugo se opuso con todas sus fuerzas a nuestra sugerencia y a nuestras conjeturas. Nos contó que no era el único al que empujaban e intimidaban en el instituto y que, sin embargo, allí nadie reaccionaba, la dirección no abordaba el problema, prefería hacer la vista gorda, era más fácil. Él no creía en la intervención del director, que, según él, era un blandengue, un defensor de «no hacer ruido». Pero, sobre todo, apelar al director era hacer oficial el acoso, transformarlo en algo que necesitaba tratamiento, una

situación que exigía una respuesta, actuaciones, ¿y cómo vivir, después de semejante humillación? También equivalía a decir a los acosadores: he ido a denunciaros y a correr el riesgo de multiplicar su cólera. Nosotros ya éramos conscientes de eso. Sin embargo, formulamos una especie de ultimátum: no íbamos a dejar las cosas tal cual, punto, era literalmente imposible y, además, si lo dejábamos tal cual, todo podía ir a peor, los matones no iban a parar ahora, cada semana superaban un nivel de crueldad, ¿y entonces qué? ¿Qué era peor? Hugo se rindió a nuestros argumentos, a regañadientes.

De modo que pedimos cita con el director explicando el motivo y subrayando la urgencia. Una secretaria nos respondió: «Podríamos *hacerle un hueco* dentro de quince días. Como saben, el señor director tiene una agenda muy llena. No se le puede molestar así como así». Eso fue lo que dijo, palabra por palabra, no he olvidado ninguna. Era algo peor que el desinterés o siquiera la insensibilidad, era una negligencia culpable y un desprecio asumido, todo en nombre de una «agenda muy llena»; yo alargaba la llamada. Insistí, pero no había nada que hacer. Juliette no lo soportó y, sin pensarlo dos veces, dijo: «Venga, vamos. Vas a ver si nos recibe», y eso es lo que hicimos, salimos corriendo hacia el instituto. Cuando nos presentamos en la verja, un vigilante nos prohibió el acceso porque éramos «personas ajenas al centro». Como ya nos lo esperábamos, le explicamos nuestro caso. El hombre llamo a secretaria, desde donde manifestaron su «desaprobación ante esas formas de actuar». De manera que nos despidieron, nos mandaron a la mierda y nos obligaron a esperar a ser recibidos las dos semanas anunciadas.

Dos semanas durante las cuales a nuestro hijo le escupieron tanto en sentido figurado como literal, tuvo que acceder a órdenes humillantes como comerse un plátano de una sola vez, caminar arrodillado o bajarse los pantalones. Dos semanas durante las cuales lo trataron de «trolero» porque se le ocurrió confiarle entre líneas lo que le estaba pasando a una compañera de clase que creía que era una aliada. Y esta fue a contárselo a los interesados, porque siempre es mejor estar del lado de los más fuertes. Dos semanas durante las

cuales los demás fueron diciendo que se lo había inventado todo y, cuanto más se defendía, más lo acusaban de mentir. Dos semanas interminables durante las que los mensajes de odio se multiplicaron (a partir de entonces, le exigimos a Hugo que nos enviara capturas de pantalla, no queríamos encontrarnos en la posición de que también se sospechara que nosotros nos lo inventábamos).



Cuando, llegado el día, entramos por fin al despacho del director, vimos en su mirada que no éramos bienvenidos. Supuse que nos consideraba unos pesados, de esos padres que se quejan por nada, que montan pollos a la primera de cambio. No he olvidado tampoco el gesto de desprecio de la secretaria cuando cerró la puerta: que éramos claramente unos mal educados.

Yo le había dicho a Juliette: «Exponemos los hechos sin alterarnos, si no, ni se lo creerá ni nos apoyará». Contestó: «Pues entonces será mejor que hables tú que yo me conozco, no podré mantener la calma».

Intenté ser lo más claro y objetivo posible, procuré no parecer vengativo ni manipulado por mi hijo. Me costó un esfuerzo sobrehumano, porque en cualquier momento podía estallar, era como una olla a presión, pero más o menos lo conseguí.

Conté con detalle los ataques verbales y físicos, repetí las frases hirientes, las burlas, los insultos, después las amenazas, mostré los mensajes insultantes, los SMS repetidos e incesantes, las vejaciones constantes, expliqué que llevaban mucho tiempo así, que nuestro hijo había preferido no decir nada, enterrarlo todo, que había sufrido en silencio, a escondidas, y que un día al final se derrumbó, o más bien que nosotros, sus padres, le obligamos a confesar, y entonces salió todo, como un dique que cede, pero que él se había resistido y seguía resistiéndose a dar el paso que estábamos dando, hablar con las autoridades, de tanto miedo que tenía dentro, de tanto poder que ejercían sobre él. El labio me temblaba en algunos momentos, debería haber marcado pausas, a veces era muy duro de contar, pero ya no me detuve.

El director me escuchó sin interrumpirme, pero también sin manifestar ni asombro ni incomodidad, con una neutralidad desconcertante, limitándose a garabatear alguna nota en un papel. Cuando terminé mi perorata, dejó que pasara más de medio minuto. Y entonces dijo: «Por supuesto, será necesario que su hijo me confirme sus declaraciones». Como si me lo pudiera inventar. Como si no tuviera nada mejor que hacer en la vida que venir a molestar al director de un instituto para contarle trolas. O como dando por hecho que Hugo había exagerado y que yo me limitaba a repetir sus fabulaciones. Sí, su primer reflejo fue no creermelo, como mínimo, no tomarse en serio la mitad de lo que dije, mostrarse receloso. Pensé en esas mujeres maltratadas que acaban reuniendo valor para empujar la puerta de una comisaría y a las que algún policía indiferente responde: «¿Está segura de que le pega? Yo no le veo marcas. ¿Seguro que no exagera un poco? Porque una discusión conyugal, señora, no es violencia y, en cualquier caso, es un asunto privado».

El director sigue hablando, sin perder la flema: «De todas formas, tendré que ver qué es lo que ha desencadenado esa agresividad. A veces, solo es en respuesta a un malentendido o a una provocación. A veces, la culpa es de ambas partes». En ese momento, pensé en las mujeres violadas a las que se sermonea diciendo que, si no hubieran llevado una falda tan corta, quizá no estarían ahí. Sentí náuseas, pero me aguanté cualquier reacción; apreté fuerte la mano de Juliette para impedir que saltara al cuello de aquel tipo.

Entonces procedió a exponer su punto de vista: «Entiéndalo, entre alumnos son muy habituales las provocaciones. Diría que incluso se pinchan entre ellos a diario. Los chavales de trece o catorce años son muy broncos, muy tozudos, se hacen los duros y obedecen a sus hormonas, yo ahí no puedo hacer nada. Y después se les pasa». Juliette lo interrumpió. «Disculpe, pero aquí no hablamos de provocaciones, hablamos de acoso». Contestó enseguida: «Eso, señora, si me lo permite, lo tengo que determinar yo. El acoso responde a una definición precisa que se corresponde con elementos precisos. Los hechos denunciados tienen que constituir realmente insultos, amenazas, la relación de poder ha de ser clara, los actos

tienen que ser repetidos a lo largo del tiempo, organizados, relacionados con la vida escolar, de lo que pase fuera yo no soy responsable». Estuve a punto de gritar: «¡Pero si es justo esto! Acabamos de demostrarlo!». Me contuve una vez más, necesitábamos a ese hombre. Dejé que recitara su manual, que se parapetara tras los criterios supuestamente objetivos, tras casillas por marcar. Lo del sufrimiento a él le traía sin cuidado. La angustia, el malestar no entraban en su esquema de interpretación. Era para volverse locos.

Siguió hablando: «Además, les advierto una cosa. Están a punto de iniciar un proceso que, al final, podría volverse en contra de su hijo. Aunque yo reprenda a los supuestos acosadores, es probable que eso no les haga cambiar ni un ápice. Por el contrario, tal vez se muestren más agresivos. En primer lugar, porque no llevarán bien haber sido denunciados. En segundo lugar, porque habrán entendido que su hijo es incapaz de defenderse solo». En resumen, nos planteaba la inutilidad de abordar el asunto de frente e incluso su posible nocividad.

El director no había terminado. «Por otra parte, tampoco dispongo de muchos medios que digamos: una conversación con los presuntos agresores, una entrevista con sus padres y a lo sumo dos horas de castigo. Y ya está. Yo no tengo ninguna varita mágica. No hay soluciones milagrosas». Ahora lo que nos ponía sobre la mesa era su impotencia, casi con ingenuidad. Quizá decía la verdad, pero escuchar aquello resultaba insoportable.

Siguió desarrollando sus argumentos: «Y todo esto pondrá a nuestro personal en una posición comprometida, me refiero a los profesores, que lo sabrán pero no podrán hacer gran cosa y se sentirán culpables por ello. Y a ver quién tiene que lidiar después con sus cargos de conciencia, y con sus sindicatos; ustedes seguro que no». Juliette estaba destrozada. Yo no estaba mejor.

Pero aún faltaba el golpe de gracia: «De hecho, lo mejor sería que su hijo rectificara o cambiara su comportamiento. Si fuera más robusto, más asertivo, todo sería más fácil, está claro». En resumen, Hugo solo tenía que dejar de ser él mismo.

Respiré hondo y dije, sin elevar la voz: «Le exigimos que haga

algo, que actúe. No se puede dejar que las cosas sigan igual». Había que obligarlo a afrontar sus responsabilidades y no brindarle, alterándonos, la oportunidad de escaquearse.

Nos miró y soltó: «Como quieran».

Comprendí mejor la inmensa soledad de mi hijo. Al final, solo podría contar con nosotros.



Pero lo más terrible es que, con su discurso alejado de la realidad, su jerga administrativa y sus precauciones de pusilánime, el director consiguió sembrar la semilla de la duda en nosotros. Bueno, no desde el principio: en el camino de vuelta a casa, en el coche, Juliette y yo nos desahogamos a gusto. Estábamos furiosos contra «ese cabrón» que «no se enteraba absolutamente de nada», que se negaba a «ver lo evidente», que no había mostrado «ninguna compasión», que buscaba «escaquearse, desaparecer», «esconder la mierda bajo la alfombra», y que era un «miserable», un «tipo sin corazón» o un «gallina», a elegir. Sin embargo, tras ponerlo verde un rato, empezamos, casi sin querer, a dejarnos llevar por sus insinuaciones. ¿Y si Hugo había exagerado? ¿Y si las cosas no eran tan graves como él decía? ¿Y si no era del todo inocente en este asunto? ¿Y si tenía razón y las posibles sanciones no servían al final para nada? ¿Y si todo el follón solo servía para empeorar la situación? Aparqué el coche en el arcén, apagué el motor, Juliette y yo nos miramos y ella dijo: «Tenemos que recuperar la cordura». Más fácil decirlo que hacerlo.



Una vez más, Nicole me arranca del ensimismamiento de los recuerdos. «Vincent, ¿estás aquí?». Es obvio que me ha interpelado y no me he enterado. «¿Has oído lo que decía mi madre?», insiste Juliette. Niego con la cabeza, algo avergonzado. Mi mujer, incómoda, me excusa y me acaricia la mano: «Es un día peculiar para todos nosotros, eso seguro. No estamos en nuestro estado normal». Me quedo con la expresión «un día peculiar»: en efecto, no se me

ocurre día más singular que hoy. También me quedo con «no estamos en nuestro estado normal»; de eso no hay duda, más descolocados no podemos estar. Muestro una sonrisa patética en señal de asentimiento. Mi suegra repite con suavidad, como si hablara con algún herido grave, la pregunta que antes no he oído: «¿Podríamos tomar otro café? Si no, ya voy yo a hacerlo. Es que hoy habrá que aguantar». Me levanto, muy deprisa, mi precipitación sorprende a nuestros invitados y a mí me produce una breve sensación de vértigo, que prefiero ignorar para dirigirme a la cocina, dejando atrás la conversación reanudada en susurros.



Nada más llegar su madre y yo a casa, le resumimos a Hugo nuestra entrevista con el director.

Como es lógico, no le dijimos nada de su escepticismo, de su prudencia, de su derrotismo, solo intentamos prepararlo para un camino largo y difícil (él no nos había esperado para saber que sería un camino largo y difícil porque él mismo no le veía la menor esperanza, en el fondo estaba en la misma línea que el director en cuanto a las posibilidades de éxito de nuestra iniciativa).



Le contamos que había un «protocolo», establecido por el Ministerio de Educación, una especie de política de prevención y tratamiento, que debería tranquilizarlo, tranquilizarnos.

Ante todo, Hugo sería recibido como es debido, expondría lo que nos había contado o incluso más, en el caso de que no se hubiera atrevido a revelárnoslo todo. Cortó por lo sano: «No tengo nada que añadir». Parecía un culpable que acaba de confesar, al que se le da una última oportunidad de justificarse y que la rechaza, convencido de que no puede esperar nada de sus jueces.

A continuación, el director reuniría a sus compañeros de clase para recabar sus testimonios. Hugo volvió a interrumpirnos, esta vez para echarnos un jarro de agua fría: «Yo ya puedo deciros lo que pasará. Habrá los que jurarán que no se habían dado cuenta de nada, que lo

negarán todo, es decir, todos sus amigos, todos los que se cagan de miedo, todos a los que se la suda, todos a los que solo les importa su culo y Snapchat o TikTok, y esto es la gran mayoría. Luego estarán los que dirán que no era para tanto, con frases del tipo: "Se pasa un poco, es que todo se lo toma a mal". Y luego estarán los que me hundirán, los que dirán que tengo lo que me merezco, que les avergüenzo». (Al final, descubriremos que, por desgracia, acertaba. Entre los que pasarían por el despacho del director, muchos dirían que nunca habían visto nada, hasta el punto de preguntarse si nuestro hijo no era «un trolero pasado de vueltas». Otros se escaquearon, posiblemente porque temían ser los siguientes de la lista, y solo querían estar en paz. Y una parte nada despreciable de ellos declararían que Hugo era «muy rarito», que, si se sentía mal consigo mismo, ellos «tampoco tenían la culpa», que lo único que habría tenido que hacer era «vestirse de otra manera», que «nadie le hablaba porque nadie tenía ganas de hablarle, punto». Solo dos chicas confirmaron de pasada las maldades, los insultos y los empujones, recordando que «no eran asunto suyo»).

Por último, el director convocaría a Rayan y a Mathis, con sus padres, añadimos. Me resultó extraño llamar a esos dos chicos por su nombre, porque les confería una humanidad a la que yo consideraba que no tenían derecho, pero de alguna forma había que llamarlos. Hugo se alzó de hombros. Pensé: esa perspectiva lo aterra.



Más adelante nos enteraríamos de lo que se dijo en aquel encuentro entre el director y los acusados. Para empezar, a los dos alumnos los recibieron juntos, no por separado, tras haber sido informados del motivo de la reunión. ¿Y qué más? Seguro que se habrían puesto de acuerdo sobre la versión que iban a dar. Se apoyarían el uno al otro en la adversidad, su destino estaba estrechamente ligado, hasta en el despacho del que los interrogaba. También los habían avisado de que les enseñarían las capturas de pantalla, que yo había llevado, de los mensajes que habían mandado a Hugo. Al conocer las piezas del

expediente, les era más fácil organizar su defensa. No habría ninguna manifestación espontánea de la verdad, sino un discurso bien ensayado, con argumentos preparados de antemano.

Así, no negaron ni los enfrentamientos ni la animosidad: les habría sido imposible, habida cuenta del tenor de los SMS, pero sobre todo no les habría hecho ningún favor, porque, mientras se perdona poco a los mentirosos, se siente simpatía por los que reconocen, aunque sea parcialmente, los hechos. Y enseguida pasaron a lo que sería su mantra a lo largo de toda la entrevista: «Era broma». (Esta frase me perseguiría mucho tiempo, aún me persigue, me despierta por la noche). Por eso había que entender que nada iba en serio, que solo eran bromas, ocurrencias, casi un pasatiempo, los propios vídeos eran una especie de inocentada, una broma, vaya, y que los mensajes no había que tomarlos al pie de la letra, sino en sentido irónico, les parecía increíble que Hugo no los hubiera entendido. Para ellos, se trataba solo de tomarle el pelo. «A ver, lo de este tío es grave». Me pregunté si el director había transcrito al detalle sus declaraciones en la hoja DIN-A4 que tenía extendida ante él.

Cuando el director les señaló que sus acciones eran repetidas, por no decir incesantes, dieron la excusa que se había vuelto casi un reflejo, una rutina sin mala intención y casi consentida, un juego entre ellos, al que no le prestaban mucha atención porque «no tenía importancia». En realidad, decían «maricón de mierda» como quien dice hola.

Cuando les señaló también que a veces había testigos, espectadores, que el ejercicio de su «humor» se convertía entonces en humillación pública, se hicieron los sorprendidos, pero si lo hacían precisamente para divertir a la galería. «¡Hay que poder reírse con los bros! ¡Solo es coña!». Y vuelven a añadir: «Pero no hay mala intención. Es por las risas».

Esta escena, a la que nunca asistí pero que no me cuesta nada reconstituir, sigue helándome la sangre. Porque da fe de una falsedad y de una desenvoltura que me volvieron loco cuando me la contaron. De hecho, golpeé la pared de la cocina, que es donde estaba. Ahí sigue la marca de mi puño. La puedo ver mientras termino de preparar el café que me han pedido.

(Puede ser peor: quizá pensaban de verdad, de forma sincera, que su violencia no lo era, que sus palabras y sus actos tenían cierta normalidad, no eran para nada excesivos. No medían el alcance exacto porque no conocían su sentido preciso).



Por suerte, en el instituto hubo dos profesoras —solo dos— que, si no salvaron a Hugo, al menos salvaron el honor. La señora Hazan, profesora de francés, y la señora Ménudier, que enseña inglés. Ellas se tomaron en serio los insultos y las amenazas. No pensaron que fueran inventados ni exagerados. Consideraron que había que dar alguna respuesta. Tenían a Rayan y a Mathis en clase, eran testigos de su complicidad tóxica, de su propensión a armar follón, de su impulsividad incontrolable, de su inmadurez peligrosa, de su gusto por la intimidación. Apreciaban a Hugo, buen alumno, pero sobre todo un chico dulce, y percibían su malestar, suponían sus tormentos. Habían sorprendido escenas de empujones desde la salida del aula y habían reprendido de inmediato a los autores. No eran conscientes de la gravedad de la situación, pero tampoco les extrañó cuando llegó a sus oídos nuestra denuncia. A partir de ese momento, se mostraron atentas y cariñosas con Hugo. Algo que a sus abusadores, por otra parte, no les pasó por alto. Porque su gesto le valió a mi hijo ser tildado primero de «el niño mimado de la profe», luego de «lameculos», de «chupapollas», para luego decirle sin tapujos: «Ese par de zorras no podrá hacer nada por ti el día que te follemos vivo». Solo siento gratitud por ellas. Sin la menor duda ellas fueron, en el recinto escolar, sus únicos escudos, sus únicos apoyos. Gracias a ellas, durante unas pocas horas de clase a la semana, se sintió menos solo, menos abandonado. Al final, sin embargo, queda su impotencia. Su buena voluntad, su humanidad no bastaron, no pesaron lo suficiente.



Cuando vuelvo al salón, constato que la conversación ha derivado hacia los padres de los acosadores. Nicole se indigna: «Parece que

andan pavoneándose por la ciudad como si nada». La come el resentimiento, y lo comprendo muy bien porque yo tampoco llevo a esta gente en mi corazón, siento incluso una verdadera antipatía hacia ellos, lo confieso sin rodeos, pero imagino que no andan pavoneándose. Tampoco van a encerrarse en casa. Tienen que ir a la compra, visitar a amigos, vivir una vida. Además, encerrarse sería reconocer que se sienten culpables, que sus hijos lo son. Y, en cambio, están convencidos de que la responsabilidad de los chicos es cero. Así pues, se comportan como si no hubiera pasado nada. Exactamente como se comportaron cuando fuimos a verlos Juliette y yo.



Porque sí, al final, fuimos a llamar a su puerta. No tuvimos más remedio.



Habíamos sabido que, con el director, habían defendido a capa y espada a sus hijos.

En su actitud había ceguera. «Conozco a mi chico, es incapaz de hacerle daño a una mosca, no tiene mal corazón», había afirmado sin pestañear la madre de Rayan. Seguro que se creía sus propias afirmaciones. A veces, no vemos a nuestros hijos como son, sino como queríamos que fueran. Sobre todo, olvidamos que con sus compañeros se comportan de forma distinta a con nosotros. Nos muestran la cara que esperamos de ellos pero, en cuanto escapan a nuestra vigilancia, dejan de interpretar ese papel. Después de todo, Hugo nos mintió durante meses, o al menos ocultó lo que le estaba pasando, nos aseguró que todo iba bien, y nosotros no sospechamos nada, nos creímos el engaño. ¿Quiénes somos, pues, para enseñarles nada a estos padres? Lo que pasa es que, cuando les pusieron delante los mensajes insultantes, repugnantes, siguieron hablando de sus hijos como de buenos chicos. Pasaron de la ceguera a la negación.

Había también en ellos cierta forma de fatalismo, o de indiferencia.

En cualquier caso, el reflejo de relativizar. «Son peleas entre chavales, a su edad nosotros también nos pegábamos, y no nos hemos muerto», razonó el padre de Mathis. ¿Acaso no eran palabras muy parecidas a las que yo le había dicho a Juliette cuando me contó el primer enfrentamiento? Con la diferencia de que ellos estaban en el despacho de un director de instituto, bajo la amenaza de una sanción contra sus hijos, y que eso debería haberlos puesto en guardia o, como mínimo, hacerles exigir a sus hijos que no contaran cuentos y que cambiaran su comportamiento.

Había sobre todo el amor, la única excusa que se aguantaba en pie: sí, querían a sus hijos, los creían sin reservas, no dudaban de ellos. Nosotros, por nuestra parte, creíamos a nuestro hijo. De modo que pensamos que había que confrontar nuestros puntos de vista, con la esperanza de que los padres se rendirían a la evidencia y que les conmoviera la infinita angustia de Hugo.

Pero las cosas no salieron como esperábamos.

Fue Juliette quien los llamó. Le cogió el teléfono la madre de Rayan, que de entrada ya echó balones fuera: ya le había dicho al director todo lo que tenía que decir, y no había pasado un buen rato, no veía por qué repetirlo. Como Juliette insistía, añadió: «Si les pasa algo a nuestros chavales, ya lo solucionarán entre ellos, ¿no cree?». Se lavaba las manos. Entonces Juliette se puso a sollozar, le contó que ya no podía dormir por las noches, que necesitaba hablar de esto. Yo estaba delante de ella, atónito, nunca la había visto así. Me pregunté si lo estaba exagerando para dar lástima a su interlocutora o si estaba diciendo la pura verdad. Sí, claro, yo ya sabía que lo estaba pasando mal, yo también, pero intentábamos que no nos devorara la angustia. Lo que nos motivaba, lo que nos hacía resistir, era intentar buscar una solución y, en esos momentos, aún creíamos que era posible, aún no nos habíamos hundido por completo en la desesperación. La desesperación llegó justo después. La madre de Rayan buscó una última vía de escape: «Tendré que hablar con mi marido», murmuró. Juliette jugó su última baza: «Las dos somos madres. Sabemos lo que tenemos que hacer, sin pedir permiso a nuestros maridos». Al otro lado de la línea, la voz propuso un encuentro.



Cuando Juliette colgó, pensé: aquí estamos, mendigando una reunión, confiando en que no nos cierren la puerta en las narices. Cuando lo que deberían habernos dicho es: comprendemos su angustia, pasen, pasen, por favor. Había algo, claramente, que no iba bien.



Nos vimos al sábado siguiente. En su casa. Viven en una casa unifamiliar de la calle Jean-Gutenberg. Nosotros no vamos mucho por ese barrio, porque no hay mucho que hacer allí, tiene pocas tiendas, es una parte de la ciudad más bien tranquila. Él es chapista y ella trabaja en el Super U. Son gente como nosotros, quiero decir, de clase media, correctos. Creo que hubiera preferido burgueses, gente pedante, con dos coches, ropa de brillantinas o, lo contrario, gente sin un duro que viviera, yo que sé, en la suciedad, en el desorden, pero no. La casa de estos es sencilla, limpia.

El hijo no estaba, ya lo esperábamos, sería una conversación entre los mayores.

Nos invitaron a sentarnos en la mesa del comedor. No en el salón: supongo que el salón les parecía un entorno demasiado amistoso. La madre nos preguntó si queríamos beber algo. Respondimos: «Un vaso de agua». No propuso otra cosa. No tenían ganas de ser acogedores ni de que nos quedáramos mucho rato. Querían dejarnos claro desde el principio que no les gustaba nuestra iniciativa. Les indignaba que tratáramos a su hijo de terrorista, que lo consideráramos un delincuente. Era evidente que estaban haciendo un esfuerzo por no ser desagradables.



Juliette dijo: «Queríamos hablaros de Hugo». El padre la cortó de inmediato, apoyando las palmas de las manos sobre el mantel. «Sentimos mucho que su hijo no esté bien, pero Rayan no tiene nada que ver. Nos lo ha jurado y lo creemos. Por eso no acabamos de entender para qué sirve reunirnos». Se recostó contra la silla,

manteniendo las manos sobre el hule. Quedaba claro que para él la conversación había terminado. Miré de reojo a Juliette, era evidente que no serviría de nada insistir, dije: «En ese caso, no les molestamos más. Solo queremos informarles de que pensamos presentar denuncia». Me acababa de inventar la amenaza, esperaba no llegar a ese extremo pero, ya que no parecía posible ningún diálogo, habría que poner en marcha algo que obligase a todo el mundo a reconocer la verdad. Se levantó con pesadez y dijo: «Hagan lo que quieran. No nos da miedo». Salimos de allí a toda prisa. En total, no llegó a cinco minutos de encuentro. Ni siquiera dio tiempo a que la madre trajera los vasos de agua.



Al salir, supongo que para desahogarse, pero también porque ya lo habíamos comentado una vez sin pasar a la acción por miedo a desatar un caos desproporcionado, Juliette aprovechó la ocasión: «¡Pues deberíamos presentar una denuncia, en serio!». Como ya hice la primera vez, titubee: «Pero la policía se burlará de nosotros, ¿no? Nos dirán que las peleas de adolescentes no son asunto suyo, que ellos llevan cosas más importantes y urgentes». Juliette puso cara de paciencia. «¡Esto no es una pelea de adolescentes!». Dije: «Lo sé, pero esa es la etiqueta que le pondrán, no abrirán expediente. Son capaces incluso de soltarnos que somos unos padres superados o incapaces... Además, ya sabemos dónde acaban las denuncias, en un cajón...». Juliette se rindió a mi derrotismo. La miré e intenté consolarla. «Pero Hugo puede contar con alguien mucho mejor que la policía, ¡puede contar contigo!». Lo pensaba de verdad. Sonrió.



A partir de aquel fracaso, todo fue a peor.

La acusación, en lugar de calmar a los agresores, alimentó su rencor y avivó su odio. Las cuatro patéticas horas de castigo que habían sufrido a consecuencia de nuestro «chivatazo» —al final, tras muchas deliberaciones y conciliábulos, se había determinado su «responsabilidad» en «los incidentes» (y con la boca pequeña, no

fuera a ser, sobre todo, que utilizaran términos demasiado tajantes, y aún menos, definitivos)— no los habían acallado, si no que, al contrario los habían vuelto locos y los había enfurecido aún más.

Los insultos se multiplicaron. Ahora, los acosadores de Hugo lo llamaban hijo de puta, mariconazo, bastardo, perdedor, feto, comemierda. Recuerdo cada una de esas expresiones con precisión. Me revuelven el estómago pero al menos sirven para dar una idea de la virulencia y de la vehemencia. Un insulto no es algo abstracto, es muy concreto. La humillación no es teórica, la sientes en el cuerpo, te desgarran la piel como lo haría la hoja de un cuchillo.

Sin embargo, los canallas habían aprendido la lección: ahora actuaban fuera de toda mirada, aprovechaban los pasillos oscuros, llevaban a su víctima al cuarto de las taquillas o a los váteres para despacharse a gusto, le metían notas anónimas en el estuche, la mochila o los bolsillos. Además, su hostigamiento seguía siendo impecable: les interesaba que su labor de zapa no sufriera interrupción alguna, que Hugo no estuviera nunca en paz. Ah, y ya no enviaban mensajes de texto para que no se pudieran utilizar como pruebas en su contra.

Los golpes se hicieron más frecuentes, también ahí procuraban que nadie los viera. Les bastaba con arrastrar a Hugo a algún rincón u obligarlo a ir a los vestuarios y, una vez allí, los puños le golpeaban el costado o el estómago, puntos donde el dolor es intenso pero en los que no suele quedar marca.

Incluso pasaron a la extorsión. A cambio de dejarlo tranquilo, le exigían dinero, zapatillas deportivas o auriculares. Y, por supuesto, nunca respetaban lo prometido, no cumplían su palabra; en cuanto se habían cobrado el botín, volvían a empezar, se reían aún más, encantados de haber dado otra vez el golpe, de haber humillado un poco más a su blanco de burlas.

La pesadilla se volvió terrorífica.



Nosotros no nos enteramos.

Porque Hugo nos mintió, nos mintió de forma deliberada.

El motivo era sencillo, trágico de tan sencillo: como nuestro intento, con el instituto y con los padres, había fracasado e incluso se había revelado contraproducente, puesto que la situación había degenerado muchísimo, Hugo no quería bajo ningún concepto que volviéramos a intervenir. Y la única forma que se le ocurrió de conseguirlo fue asegurándonos que todo había vuelto a la normalidad.

Porque no se limitó a callar lo que le ocurría, llegó a contarnos, mirándonos a los ojos, que los malos tratos habían cesado, o más bien que «casi» habían cesado. De vez en cuando, aquellos gilipollas seguían haciendo gestos inapropiados y soltaban palabras hirientes, pero lo atribuía a lo difícil que es dejar un hábito de siempre. Al principio, no nos fiábamos nada: un cambio tan radical parecía muy improbable y lo poco que sabíamos de Rayan y Mathis y del apoyo incondicional de su familia no llevaba a pensar que habrían podido corregir tan fácilmente su comportamiento, pero Hugo se mostró persuasivo y su «casi» hacía plausible la repentina metamorfosis. Además, habíamos decidido confiar en nuestro hijo porque había tenido el valor suficiente para describirnos las humillaciones que sufría. ¿Por qué iba a mentirnos ahora? Lo que no habíamos entendido es que, cuando se confesó, no lo hizo por valentía, sino por desesperación. Había hablado porque nosotros lo habíamos acorralado y porque ya no podía soportar el dolor que le infligían. Ocultar ahora lo que le pasaba era un reflejo de supervivencia.

Así pues, aunque por un momento dudáramos, acabamos por creerle.



Hay quien, *a posteriori*, nos reprochó sutilmente esta credulidad. Nosotros mismos no nos perdonamos habernos tragado a la primera semejante trola. En nuestra defensa, no parábamos de repetirnos que tanta maldad solo podía ser una fase, como el rebelarse contra los padres, o el acné. Una fase que pasa. Y que había pasado. (Era plausible: nuestros hijos cambian por completo de un año a otro: de taciturnos pasan a alegres; de revoltosos a obedientes; de perezosos

a trabajadores, o a la inversa. Para convencerme, mi amigo Esteban me contó, hablando de su hija de catorce años: «¿Recuerdas que el año pasado Léa quería parecerse a Nabilla, la modelo y *celebrity*? Pues ahora se ha vuelto gótica»). En realidad, nos lo creímos porque necesitábamos creerlo, tranquilizarnos por fin y pensar que, sí, que los chicos malos y pendencieros podían enmendarse. Fue un tormento descubrir que nos había engañado. Nos sentimos aún más culpables.



La que se dio cuenta fue Juliette. Su alivio relativo no le había hecho bajar la guardia. Interrogaba con regularidad a Hugo cuando volvía del instituto y él contestaba siempre que todo iba bien, pero ella buscaba en su expresión alguna mueca, algún movimiento incómodo que delatara que estaba ocultando algo. Yo le suplicaba que lo dejara (Hugo también, a su manera, diciéndole: «¡Qué plasta, mamá!»), pero ella iba a lo suyo. Yo pensaba que aquellos interrogatorios solo servían para hacer sentir a nuestro hijo cada vez más incómodo y para provocarle más inquietud, hacerlo dudar, y eso no ayudaba a que algún día pudiera recuperar la autoestima.



Juliette miraba a veces de reojo el móvil de Hugo cuando este recibía algún mensaje. Pero, sobre todo, temiendo que la anunciada calma fuera de corta duración, se había creado, sin decírmelo, un falso perfil en Instagram y en Facebook con vistas a consultar la actividad de nuestro hijo. Cuando me lo confesó por fin, tuvimos una bronca. Le dije que no tenía derecho a semejante intrusión en la vida privada de Hugo, le pregunté si le gustaría que se lo hicieran a ella, que la espieran. Como toda respuesta, se encogió de hombros y se largó. Estoy casi seguro de que allí empezaron las primeras tensiones en nuestro matrimonio. Hasta entonces, habíamos estado unidos, solidarios, luchando juntos y, de repente, ella decidió actuar por su cuenta y, encima, para dar pasos que yo no aprobaba.



Una mañana, empujó la puerta del baño a propósito, sin avisar, mientras Hugo se estaba secando tras la ducha, y le vio un moratón en la espalda. ¿Fue solo una coincidencia o la guio una intuición? Fuera lo que fuera, enseguida le pidió una explicación. Él primero le gritó por entrar así en el baño y meterse en su intimidad, en lo que no le importa. Luego explicó que se había hecho daño en el gimnasio, al caerse después de un salto de altura. Ella gritó más fuerte un: «¿Me tomas por tonta?». Hugo se largó a su habitación y ella lo siguió. Allí me incorporé a la escena, a la que había acudido por el escándalo que estaban armando. Intermedié, no podía ser que se discutieran, éramos una familia, Juliette tenía que tranquilizarse y Hugo no podía contestar así a su madre. Se callaron, pero parecían dos boxeadores cansados o dos animales heridos tras un combate. Me volví hacia Hugo, le pedí que me enseñara el moratón; protestó, pero al final me obedeció. Dije: «Un moratón así no se hace por una caída, un moratón así se hace cuando te han pegado un puñetazo». Me lo inventé. Supongo que es imposible, o muy difícil, distinguir uno de otro. Pero Hugo cayó en la trampa. Susurró: «Han vuelto a empezar». Lo agarré por los hombros y lo miré a los ojos: «Han vuelto a empezar ¿o no han parado nunca?». Como única respuesta, bajó la cabeza. Juliette se volvió loca.



¿Quién va a impedir a una madre que intente defender a su hijo? Nadie. Aunque lo haga con torpeza, aunque dé palos de ciego y falle, como atrapada en los hilos de una enorme telaraña. No tiene más remedio que lanzarse al ataque, embestir, aunque sea con la cabeza gacha. Digan lo que digan, me parece lo más natural del mundo, sale del vientre, de las entrañas, no se controla, no pide permiso, no se piensa. Es una necesidad que no se discute, no se sopesa, se impone. Es la prueba, involuntaria pero palmaria, del amor por su hijo.



Por eso no le guardo ningún rencor a Juliette. Pero yo veía que iba a

meterse otra vez en un combate desigual, peor armada que el inasible enemigo, y que el riesgo de derrota era mayor que la posibilidad de victoria. De modo que intenté disuadirla. Con argumentos que consideraba racionales: radicalizaría la maldad del adversario y haría aún más frágil, sin querer, a su hijo. Era terrible admitirlo, pero nos convenía más mantener un perfil bajo, buscar otras soluciones, vías alternativas. Dije, como quien lanza un salvavidas: «Basta con que le cambiemos de instituto, como nos pidió». Es verdad que era concederle la victoria al adversario, aceptar la idea insoportable de que le corresponde a la víctima ceder y no al maltratador, como cuando se le pide a la mujer maltratada y no al marido violento que abandone el domicilio conyugal. Pero al menos era una salida eficaz, arrancaríamos a nuestro hijo de las garras de sus abusadores, que era lo único que contaba. Sin embargo, Juliette ya no quería razonar, estaba lejos, en la embriaguez de la cólera, del rencor, cegada por la injusticia inaudita y claramente insoportable de la situación. Además, argumentó muy bien en contra: «¿No entiendes que esto no acabará nunca? Acabarán encontrándolo en su instituto nuevo, Saint-Nazaire es una ciudad pequeña, y seguirán acosándolo por las redes y a través del móvil. Para ellos es una presa ideal y a una presa no se la suelta así como así. No, lo que hay que hacer es impedir que sigan haciendo daño, y punto». Salté: «¿Y eso cómo se hace?». Me había tocado el peor papel, proteger a los malos de la historia daba impresión de debilidad, de cobardía. Sin embargo, me parecía indispensable interpretar ese ingrato papel. Para evitar un sobrecalentamiento. Y es que nosotros, los padres, nos encontramos en una situación imposible. O reclusamos y nos rendimos, y nada hace pensar que las cosas se arreglarán por ello; o luchamos, pero a riesgo de echar más leña al fuego. Juliette respondió: «Pienso plantarme otra vez ante ese cabrón del director y me va a oír. Fuimos demasiado amables, demasiado educados. ¡También con los padres de esos gilipollas! Y, si no basta, iré yo misma a agarrar por el cuello a esos niños». Yo no sabía qué decir. Y no dije nada.



Hizo exactamente lo que había prometido hacer. Una mañana, se presentó en el instituto, también sin avisar (ni siquiera sé cómo pudo entrar, supongo que el vigilante intentó detenerla otra vez o quizá era otro que no la conocía, imagino que inventó alguna mentira y él pensó que era inofensiva). Juliette se plantó ante la secretaria, exigió ver al director. Como era de esperar, le dijeron que no. Y se puso a gritar, diciendo que, si le pasaba algo a su hijo, consideraría al instituto responsable y el director tendría que responder por ello. Sus gritos alertaron a los pocos alumnos que había por los pasillos, a los educadores que estaban en la sala de profesores de al lado y a los asistentes educativos encargados de hacer reinar la calma. El director salió de su escondite por miedo al escándalo. Le dijo que no era forma de comportarse, que solo la recibiría porque estaba alterada y que no quería agravar aquel incidente. Se mantuvo firme en su posición: había conducido su investigación e impuesto una sanción y no se podía hacer nada más. Añadió una frase que repugnó y asqueó (aún más) a Juliette: que no tenía «nada que reprocharse». Una frase mezquina. En resumen, había seguido el protocolo y ahora se lavaba las manos. Antes de irse, a la secretaria le pareció buena idea poner de su parte y le dijo a Juliette: «Con una madre como usted, compadezco a su hijo». Mi mujer le saltó directamente al cuello (en esos momentos, le daba igual todo, también las consecuencias). Por suerte, un auxiliar se interpuso a tiempo y la acompañó a la calle. En la acera, rompió a llorar. Nadie se acercó a consolarla. El vigilante por supuesto no, furioso de que le hubiera engañado. Ni siquiera el asistente educativo, un joven por lo demás encantador, que debía de temer por su puesto de trabajo.

El desengaño no la detuvo. Salió directa a llamar a la puerta de los padres de Rayan, que no le abrieron, o tal vez no había nadie. Algunos vecinos, alertados por el ruido, salieron de casa y la vieron golpear una y otra vez la puerta cerrada. Uno de ellos se acercó algo asustado y murmuró: «¿Está bien, señora?». No, no estaba bien. Nada iba bien. Era una madre enfurecida y al mismo tiempo rota. Y nadie la escuchaba, nadie la apoyaba. Al final volvió al coche, por miedo a que alguien acabara llamando a la policía.

Regresó a casa exhausta, al límite. Y se rompió. «Soy una madre

terrible. No sé ayudar a mi hijo». Me acerqué a ella para abrazarla. Se resistió, no quería compasión. No era compasión: era consuelo, era amor. La agarré por las muñecas para detener su agitación. Se acurrucó contra mí, notaba su cuerpo temblando, que tardó mucho en calmarse. Pensé en decir: «Encontraremos una solución», pero no lo dije. No tenía ninguna solución.



Mi suegra me saca bruscamente de mis pensamientos. «¡Ya es la hora! No deberíamos llegar tarde». Juliette asiente. Todos nos levantamos del sofá y de los sillones a la vez. Mis suegros salen primero. Juliette los sigue, se arregla la melena ante el espejo del recibidor. Cierro con llave. Bajamos la escalera en fila india y en silencio. Solo se oye el taconeo de los zapatos de Nicole contra los peldaños de piedra. Al salir del edificio, la luz cruda del sol nos ciega.



Hay menos de un kilómetro de casa a la pista de *skating*, que han elegido como punto de encuentro. Desde allí recorreremos el bulevar Allbert 1er y luego el bulevar Président-Wilson, hasta el monumento a los caídos. Juliette se encargó de negociar el recorrido con los del Ayuntamiento.

Eligió la pista de *skating* porque Hugo iba a veces, los sábados — su única actividad deportiva, una actividad solitaria. Le gustaba ir y venir con su tabla, gastar energía, saltar, caerse y volver a empezar. A él, que era tan torpe, el *skate* le ayudaba a mejorar su coordinación y su precisión. Con los brazos en horizontal y las piernas flexionadas, parecía un ave a punto de levantar el vuelo. Supongo que esa actividad también le ayudaba a despejar la mente.

Por otra parte, Juliette tenía claro que quería que la marcha discurriera a lo largo de la costa. Siempre dice: «Lo más bonito de Saint-Nazaire es el mar y es muy relajante».

Por último, lo del monumento a los caídos servirá para rendir un último homenaje a quien haya caído derrotado por el enemigo, que podría ser cualquiera de nosotros.

3

Para llegar al punto de encuentro tenemos que abrirnos paso entre una multitud que se va volviendo cada vez más densa. Me sorprende la cantidad de gente que ha venido. Sabía que la muerte de Hugo había provocado mucha emoción e incluso una conmoción, pero no imaginaba que se traduciría en semejante afluencia. Parecen batallones que avanzan, convergen y se agrupan antes de partir al combate.

Mientras avanzamos a duras penas, observo los rostros, serios, sombríos o desconsolados. Los cuerpos, vestidos de blanco, están rígidos, como solidificados. Una mujer, a la que nunca había visto, se

enjuga una lágrima. Algunas personas nos dedican una sonrisa forzada o un pequeño gesto con la mano. Me fijo en las pancartas en las que han escrito con pintura: hugo, no te olvidamos, estarás para siempre en nuestros corazones, te queremos, en letras mayúsculas negras, acompañadas de un corazón rojo. Y aprieto los puños para no derrumbarme

Pero lo más impresionante es el silencio que se crea a nuestro paso. Las conversaciones que se adivinan desde lejos se convierten primero en murmullos y luego se apagan. Aun así, hay quien se atreve a pronunciar palabras de aliento. «Estamos con vosotros», «Pensamos en vosotros». Justo después, vuelve a reinar el silencio, impuesto por el respeto que se concede a los torturados.

En el lugar donde debe empezar la marcha veo cámaras, pértigas y micrófonos, y percibo cierta impaciencia.

Antes de llegar al punto de salida, veo a nuestros amigos, Jérôme y Sandrine, que tienen dos hijas, de la misma edad que Hugo y Enzo. Bromeábamos diciendo: «Los casaremos, el mayor con la mayor y el pequeño con la pequeña». No habrá boda para Hugo. Pero sé que podemos contar con ellos, que tendremos que contar con ellos.

También veo a mis padres; están irreconocibles. Se les ha encorvado la espalda y se les han marcado más los rasgos, como si se les hubiera escapado la vida. La muerte de su nieto los ha destrozado, los ha hecho envejecer prematuramente. Me acerco a abrazarlos. Las mejillas arrugadas de mi madre están frías, pese al calor, y las de mi padre, rasposas. No nos decimos nada, ¿para qué? ¿Y qué podríamos decirnos? Les confío a Enzo, hemos decidido que desfilará a su lado, un poco apartado, para no exponerlo tanto.

Llegamos por fin a la cabeza de la manifestación. En el silencio brotan unos aplausos, que me sorprenden. Los aplausos suelen manifestar alegría. Entiendo que hoy los motiva la solidaridad y que son también, y quizá sobre todo, un mensaje dirigido a Hugo, una muestra de cariño.

Nos ponemos en la primera fila. Enseguida se acercan los micrófonos y las cámaras hacia nosotros, como aves rapaces abalanzándose sobre su presa.

Hablará Juliette, ni siquiera tuvimos que decidirlo, se impuso de forma natural. Ella sabe hablar y yo no. Ella quiere hablar y yo no. Además, para todo el mundo, ella es una mártir. Tendemos a alzar los ojos para contemplar a las madres a las que la muerte les ha arrebatado un hijo. Como con las santas.

(De todas formas, nadie entendería que no fuera ella la que tomara la palabra, la mirarían extrañados, con recelo, le criticarían veladamente la más mínima retirada, en tanto que el mutismo de los padres se admite sin problemas).

Sabe muy bien lo que quiere decir, aunque, ante la intensidad del momento, se saca del bolsillo del pantalón un papelito en el que ha garabateado su intervención y lo desdobra. Se vuelve hacia mí y me susurra, como disculpándose: «Mejor así, ¿vale? Así no olvido nada». La encuentro más conmovedora que nunca.

Toma aire y lee: «Queremos agradecer de todo corazón a todas las personas, tantas, que habéis venido hoy a rendir homenaje a Hugo y a apoyarnos en estos momentos tan difíciles. No os imagináis hasta qué punto nos emociona vuestra bondad. Estamos aquí para decir que no hay minuto en el que no pensemos en nuestro pequeño ángel y en el que no lo echemos de menos, que esta pérdida es irreparable, que la tristeza ya es parte de nosotros. También estamos aquí para denunciar que el acoso es una lacra, que mata y que, con demasiada frecuencia, se mira para otro lado. Recordad que si hay víctimas es porque hay verdugos, y que estos deben responder por sus actos. Confiamos en que la justicia determine que la muerte de nuestro hijo es un delito que no quedará impune. Eso no nos devolverá a quien queríamos, junto a su hermano, más que a nada en el mundo, pero nos ayudará a pasar el duelo». Luego baja la cabeza y dobla el papelito. Los aplausos se reanudan con más fuerza. Juliette desliza su mano en la mía, está helada.

Cuando aún estábamos procesando el discurso, los periodistas se lanzan a la carga. Se ve que no han tenido bastante con el texto de Juliette. Necesitan más. Porque el dolor y la ira de una madre son un regalo de cara a la audiencia: no van a dejar pasar semejante ocasión de oro. Disparan la primera pregunta, es para mi mujer: «¿Cómo están?». No va teñida de compasión, solo espera la

respuesta: «Mal, estamos mal». Como si nuestro dolor no fuera lo suficientemente evidente, como si fuera necesario expresarlo, repetirlo, detallarlo, exponerlo sin reservas. Juliette hace un breve gesto con la mano para indicar que no dirá nada más. Su negativa no desanima a los enviados especiales. «¿Está en contacto con el instituto? ¿Con la dirección? ¿En qué punto se encuentra la investigación de su denuncia? ¿Qué espera de la justicia? ¿Confía en que se celebre un juicio? ¿Cree que se está haciendo lo suficiente para combatir el acoso escolar?». Miro a mi mujer, sé que le tienta responder, estallar, ajustar cuentas, pero ha comprendido que no hay que correr riesgos innecesarios ni montar un espectáculo, que la dignidad es la mejor actitud. De hecho, constato a nuestro alrededor que su rostro mariano inspira cierta deferencia. Aunque también terror: ninguna madre querría estar en su lugar. Juliette decide, pues, empezar a caminar, yo la sigo y, conmigo, toda la congregación de los dolientes.



Mientras caminamos, me invade una repentina angustia, porque me doy cuenta del carácter siniestro de la ceremonia. Es innegable y no lo cambia la blancura que se extiende hasta el horizonte ni la simpatía palpable que nos rodea. Sí, se trata, ante todo, de un cortejo fúnebre. Entonces vuelvo la cara hacia el mar y procuro evocar imágenes felices de Hugo.

Corriendo por este mismo muelle, hasta quedarse sin aliento, hasta perder el equilibrio, lleva un gorrito rojo con pompón y un jersey marinero, tendría unos cuatro años.

Sentado en la trastienda de la crepería, su abuelo lo ha subido a un mostrador, está devorando una crep caliente con chocolate, se mancha todo, los dedos, las mejillas, el jersey, es más o menos en la misma época.

Jugando a indios y vaqueros con Jules y Tom, dos niños a los que cuidaba mi madre, recibe una flecha en pleno corazón, se derrumba como si hubiera sido mortalmente herido. Luego se levanta riendo. Entonces la muerte era de mentira.

Recogiendo hojas amarillentas en otoño en el parque de Brière. Ha agarrado tantas que las abraza contra el pecho; durante unos meses llevará un herbario.

Mirando el mar, sentado en la proa del barco que navega hacia Belle-Île. Hemos dejado atrás el continente. Observa a lo lejos la costa que se empieza a perfilar, el sol rebota en sus mejillas. Lo abrazo fuerte.

Estamos en el zoo de La Palmyre. Le gustaría dar de comer a los animales. Señala las jirafas y los leones. Nos anuncia que será veterinario.

Inclinado sobre sus deberes una tarde; tras las ventanas ya ha anochecido. Se vuelve hacia mí y me dice: «No entiendo nada», con una enorme sonrisa.

Está mirando la televisión, es un episodio de *Pokémon*, tiene nueve o diez años. Le digo: «¿No eres mayorcito para eso?». No responde, sigue pegado a la pantalla.

Lleva una mascarilla, como todo el mundo, durante la pandemia. Dice: «No puedo respirar».

Le ha salido algo de vello en el labio superior. Dice: «Es horrible. ¿Me dejas la maquinilla?». Al poco tiempo, le sale una fila de granitos. Hago un esfuerzo para no burlarme, se da cuenta.

Colgando el retrato de Rimbaud en su habitación. Le pregunto: «¿Lo encuentras guapo?». Él responde: «Sí, pero también triste».



Por desgracia, las imágenes terribles no tardan en aparecer.

Vuelve del instituto, pálido, con los puños apretados hundidos en los bolsillos, se mete corriendo en su habitación sin decir nada, yo lo sigo, arroja la mochila contra un rincón, se deja caer sobre la cama, le digo: «¿Estás bien?». Él contesta: «¿Puedes dejarme solo y cerrar la puerta, por favor?».

Está furioso. Le grita a su madre que está loca, que no debería haberse plantado en el instituto para montar aquel número, que ahora todo el mundo lo sabe y se ríe en su cara, que lo llaman «el niñito de mamá», que los alumnos se parten cuando pasa por

delante y lo señalan con el dedo. Exclama que ahora es un infierno, aún peor que antes, que ya no sabe dónde cojones meterse. Que se dedican a enviarle vídeos por Snapchat que desaparecen nada más verlos, en los que le dicen: «Te vamos a esperar y te daremos una paliza. Te reventaremos el culo». Habla de forma desordenada, suelta todo lo que tiene dentro, necesita desahogarse, acusa a su madre: «Si querías que mi vida acabara de ser del todo insoportable, ¡lo has conseguido!». Dice cosas muy hirientes, a propósito: «¿Qué clase de madre hace algo así?»; también me acusa a mí porque no la frené, y, cuando ya no puede más, cuando ha vomitado todo su rencor, chilla: «Os odio».

Nos llevó tiempo enterrar nuestra pequeña hacha de guerra, y ni siquiera estoy seguro de que lo lográramos, y eso me corroe, peor aún, me devora por dentro, pensar que quizá, cuando partió, no nos habíamos reconciliado del todo, que él no nos había perdonado del todo. Y eso a pesar de que enseguida se lo justificamos todo. Juliette le explicó lo que él seguro que intuía, pero no podía admitir: «Hemos actuado por tu bien, ¿entiendes? Porque la situación había empeorado, tú mismo nos lo contaste. Y no podíamos quedarnos de brazos cruzados. No te puedes quedar de brazos cruzados cuando tu hijo está en peligro. Y creemos que es la Administración la que tiene que poner fin a todos estos ataques, es su función, su responsabilidad, y son ellos los que tienen los medios, pueden imponer nuevas sanciones, nosotros no, pueden decidir una expulsión y, si esos canallas se van, ¡todo habrá terminado! Tienes razón en que no debería haberme puesto tan nerviosa, pero su pasividad me estaba volviendo loca, entiéndelo, era incluso peor que pasividad, era pasotismo o que no se lo creían. Y lo que te está pasando nos duele muchísimo. Porque te queremos mucho». Él escuchó lo que ella decía, sin reaccionar, sin ceder. Luego volvió a su habitación.

Al día siguiente, Juliette le hizo una propuesta, la misma que ella había rechazado de plano (estaba desmoralizada, daba palos de ciego, cambiaba de opinión, buscaba alguna salida de emergencia): «Vamos a matricularte en otro instituto; es lo que querías, ¿no? Es lo más sencillo y será lo más eficaz». Hugo miró fijamente a su madre

y dictó su sentencia: «Ya es tarde». Su resignación nos heló la sangre. Insistí: «No, no es tarde». Lo cortó por lo sano: «Quedan dos meses, aguantaré».

Cometimos errores.
Estábamos perdidos.

Oigo a una mujer hablar detrás de mí. Me giro y veo que responde a uno de los periodistas que la está entrevistando, mientras el magnífico enjambre que formamos sigue avanzando en silencio, o más bien con una especie de zumbido. Le acercan un micrófono y le hacen la primera pregunta: «¿Conocía a Hugo? ¿O a su familia?». Ella responde enseguida: «No», entonces el otro insiste: «En ese caso, ¿puede decirme el motivo de su presencia?». Ella busca las palabras: «El caso me impresionó mucho... Muchísimo... Ha muerto un niño... No es poca cosa», recupera el aliento y añade: «Pensé que podría haber sido el mío. Tengo un hijo de la misma edad», dice con la voz quebrada. El periodista y su cámara se apartan un poco. Luego, el micrófono se dirige hacia otra mujer, mayor: «¿Y usted, señora?». Primero vacila, pero luego se lanza: «Trabajé en los astilleros. Al señor Dulac lo veía a menudo. Y a Hugo lo había visto dos o tres veces, cuando venía a esperar a su papá a la salida del trabajo. Parecía un niño muy bueno». «¿Para usted era imprescindible estar aquí hoy?», le pregunta el periodista. La mujer asiente con la cabeza. Él insiste: «¿Para qué puede servir una marcha blanca como esta?». Se lo piensa un poco y afirma: «Para decir basta. Esta violencia es insoportable. Tiene que acabar». El entrevistador se vuelve por último hacia un hombre de unos setenta años: «¿Y usted, señor?». El hombre se aclara la garganta. «No dejo de preguntarme: ¿qué podemos hacer? ¿No? ¿Qué podemos hacer?». El viento se lleva sus palabras hacia el mar.

Nosotros también fuimos a plantear esta pregunta a un psicólogo, cuando estábamos en plena tormenta. Si me hubieran dicho que algún día haría algo así, me habría echado a reír o me habría encogido de hombros, no era para mí, no era para nosotros, no teníamos problemas, y, si los teníamos, los resolvíamos entre

nosotros, no se los contábamos a un desconocido, y mucho menos a un tipo al que se le pagaba por escuchar sin decir nada, del que ni siquiera sabíamos qué títulos tenía, que tampoco sabía yo si hay títulos para un trabajo como ese. Pero estábamos desorientados, como ya he dicho, y necesitábamos desesperadamente que alguien nos diera explicaciones sobre lo que estaba pasando y nos indicara cómo debíamos comportarnos y, sobre todo, cómo Hugo podía, tal vez, eludir o contrarrestar el acoso del que era víctima. Tenía que haber métodos, actitudes que adoptar. Y especialistas que los conocieran.

Uno de mis colegas nos recomendó a un tal Michel Fabry, que lleva veinte años en Nantes; él lo había ido a ver por su hija, diagnosticada de bipolaridad. El tipo tenía su consulta no muy lejos de la estación, en un edificio antiguo. Al entrar, me sorprendió la luminosidad del lugar, su desnudez. Fabry nos recibió con una gran serenidad, que casi nos desconcertó, porque habíamos perdido la costumbre, vivíamos en una tensión perpetua. Hubo un momento de indecisión, no sabíamos cómo abordar el tema, pero al final nos lanzamos y le expusimos la situación, intentando no olvidar nada. Nos escuchó sin interrumpirnos, pero no como el director, no, él con un interés que no dejaba lugar a dudas. Cuando terminamos, dejó pasar unos diez segundos, quizá menos, pero en aquel momento a nosotros su silencio nos pareció largo, pensamos que no habíamos sido claros o que nuestro caso no encajaba en ningún molde, hasta que por fin empezó a hablar: «Deben saber que el caso de su hijo no es aislado, por desgracia. Y que la reacción del instituto no es infrecuente, aunque debo precisar que también hay centros que saben mostrarse muy atentos y reactivos». Juliette soltó un suspiro y, en ese momento, no supe si era de alivio o de exasperación. Fabry continuó: «En cualquier caso, han hecho lo correcto: avisar al centro, avisar a los padres, era lo que había que hacer». Pensé que habíamos dado con alguien que dominaba el tema, lo cual me tranquilizó. Dijo: «Entiendo que estén frustrados por la falta de resultados concretos, y la frustración a menudo genera ira». Era su forma de exonerarnos del episodio virulento con el director. Añadió: «La ira suele ser contraproducente». Era una forma elegante de

señalar que, a fin de cuentas, la habíamos cagado. Se inclinó hacia nosotros. «No deberían sentirse culpables. Es normal no tener las soluciones, también es normal que todo esto les afecte emocionalmente». Esas sencillas frases aliviaron un poco nuestra angustia.

El psicólogo se enderezó sobre su asiento. «Ahora lo importante es elaborar una estrategia de resistencia». No he olvidado esa frase, eran términos sofisticados, para mí, y poderosos, que surtieron su efecto. Según él, esta estrategia se resumía en pocas palabras: la persona acosada debía primero aceptar los insultos de su acosador, validarlos de alguna manera, para desestabilizarlo, desarmarlo literalmente, y luego encontrar una réplica para ridiculizarlo, poner de manifiesto su crueldad y, por consiguiente, minar su popularidad. Porque la búsqueda de popularidad era la principal razón de los actos del acosador. Entonces el motor del acoso se detendría por sí solo.

Así, cuando Rayan o Mathis le decían a Hugo: «Eres marica», él debía responder: «Sí, es verdad, me gustan los chicos». Y luego, sonriendo, continuar con algo como: «Por cierto, ¿quieres que salgamos?». O incluso: «Espero que no te suponga un problema. ¿O es que te va lo de meterte con los que son diferentes?». Recurrir al humor, llevar la contraria y mostrar asertividad eran armas disuasorias eficaces, que podían dar la vuelta a las situaciones.

No nos atrevimos a decirle que ya habíamos sugerido ese tipo de respuestas y que la táctica no solo no había funcionado, sino que incluso había resultado bastante desafortunada. Sin embargo, nos mostramos abiertos, quizá había que perseverar, convertirlo en una estrategia, en sus propias palabras: «Vale, lo hablaremos con él».

Nos dio unas instrucciones de uso. «Es importante que su hijo se prepare, que entrene, como si se tratara de una competición o un concurso, que llegue incluso a imaginar cuál podría ser la reacción de su acosador para no verse sorprendido, y ahí es donde ustedes entran en juego, haciendo de preparadores y enseñándole a actuar con naturalidad y fluidez. Tal vez les parezca raro, pero es imprescindible». Juliette y yo nos miramos y repetimos: «Vale».

Por último, nos pidió una cosa: «Lo ideal sería que pudiera hablar

con su hijo en persona, si no les importa. Para escucharlo a él y para explicarle. A veces, es mejor que el proyecto sea presentado por un tercero». Murmuramos: «Veremos si está de acuerdo».



Al principio, cuando le propusimos ir a ver a Michel Fabry, Hugo se ofendió: «¡No estoy enfermo!». Supongo que creyó que no lo veíamos bien del todo. Le aclaramos: «¡Claro que no estás enfermo! No hay que estar enfermo para ir a ver un psicólogo, muchas veces es para saber cómo salir de una situación complicada». Pero él seguía ofendido. «Y si alguien tiene que ir a un psicólogo, son precisamente esos idiotas». Aligeré el tono para calmar los ánimos: «Bueno, a ver, yo diría que lo de ellos es más bien de reformatorio». Hugo cambió de estrategia: «¡No servirá de nada!». Le replicamos: «¿Por qué rendirte de entrada?. Fabry ya ha tratado este tipo de problemas, domina el tema, tiene ideas. Puede ser un buen consejero». Hugo insistió en su negativa. «Ya he dicho lo que tenía que decir. No voy a repetirlo». Pero nosotros no nos rendimos. «A lo mejor te va bien hablar con alguien que no te conoce y que tú no conoces, para sentirte más libre». Hugo bajó la mirada. «No quiero contarle cosas personales a un desconocido». Volvían a aparecer su pudor, su timidez, sus miedos (yo también volví a ver los míos). «Puedes ir a tu ritmo». No dijimos nada sobre los entrenamientos, a cambio buscamos un argumento más atractivo: «Además, a ti te gusta Nantes. Sería una buena excusa para pasearte por allí». Al final, se rindió: «Vale, si os tranquiliza. Pero estáis perdiendo el tiempo». Fijamos una cita. Tres semanas después, debido a la apretada agenda de Fabry, que estaría de viaje por trabajo. Demasiado tarde.



También acudimos a la sede de una asociación que Céline, la amiga que tanto la apoya, le había recomendado a Juliette. Como durante la semana trabajábamos, fuimos un sábado. En este caso, no hubo dudas por nuestra parte. En aquel momento, necesitábamos más

que nunca que nos respaldaran y ayudaran. Y además queríamos intentarlo todo, utilizar todas las herramientas posibles. Nos decíamos: «Esta gente habrá pasado por lo mismo, así que lo saben, lo saben de primera mano, lo saben todo, nos entenderán enseguida, no hace falta explicarlo todo con pelos y señales». Y es cierto que nos dieron un recibimiento magnífico, con una generosidad que nos conmovió, con una voluntad inmediata de ayudarnos, de acompañarnos. Nos explicaron que hacían actividades de prevención en las escuelas, que organizaban talleres, grupos de conversación, que proporcionaban un marco en el que las víctimas podían contar su sufrimiento. Los chavales podían aprender a liberarse de lo que les oprimía gracias a la práctica de algún arte, por ejemplo. Nos fuimos con las pilas recargadas. Pero, al igual que con el psicólogo, habíamos llegado demasiado tarde. Era una carrera de velocidad y la perdimos.



La manifestación sigue avanzando. Me concentro en la calle, en el asfalto agrietado aquí y allá, en la hierba que ha crecido en los intersticios. De vez en cuando, me giro brevemente para ver siluetas familiares.

Mi padre, encorvado y achacoso, la camiseta blanca que le han dado le sobra por todos lados. Sostiene la mano de mi madre, algo que nunca le había visto hacer. Lo curioso es que el gesto no me parece el de un compañero, sino el de un niño que necesita la protección maternal. Pienso en la asombrosa fragilidad en la que las tragedias sumen a veces a quienes creemos que son los más fuertes, o, en cualquier caso, los menos propensos a tambalearse.

(Como ya he dicho en algún momento, mi padre es un hombre taciturno y no es ningún filósofo, se limita casi siempre a cosas materiales y concretas. Sin embargo, a veces le sale decir frases que surgen de la nada, en el momento más inesperado, que parecen preceptos o consejos, sin darle importancia. Un día, por ejemplo, mientras lo miraba trabajar en su taller, contiguo a la casa, reparando no recuerdo qué, me dijo, sin que guardara la menor

relación con la conversación que estábamos teniendo: «Mira, ser feliz no es algo complicado, es estar tranquilo». En ese momento, pensé que no mostraba mucha ambición. Hoy daría todo el oro del mundo por un solo instante de tranquilidad. Y me doy cuenta de que eso es lo que le faltaba a mi hijo cada día. Otro día que fue a buscar a Hugo al instituto, porque ni su madre ni yo habíamos podido ir a recogerlo, lo llamé para asegurarme de que todo iba bien, y me dijo: «Tu hijo, escucha bien, debes estar listo para ir a la guerra por él». El comentario me desconcertó. Tampoco esta vez parecía dictado por las circunstancias, y preferí no responderle, ya que me pareció un poco grandilocuente y, por lo tanto, un poco ridículo. Hoy creo que había adivinado o visto algo y que era su forma de decírmelo. Después nunca le pregunté por eso, porque, si fue así, seguro que se sentía culpable).

Mi madre avanza con la cabeza y el cuerpo muy erguidos, como si estuviera atada a un poste. No muestra expresión alguna. En la otra mano lleva la de Enzo, que camina con aire distante, casi indiferente; no es más que una máscara. Mi madre es su «abuela favorita», porque «siempre es amable», mientras que «la abuela Nicole» a veces puede mostrarse severa.

(Un día, una de las niñas que mi madre cuidaba sufrió de pronto unas convulsiones agudas y muy escandalosas. Ella, enseguida y manteniendo la calma, la tumbó de lado y la mantuvo alejada de las escaleras y de los objetos cortantes para que no se hiciera daño. A continuación, llamó a una vecina para que se ocupara de los demás niños, saltó al coche y llevó a la niña a urgencias, donde movió cielo y tierra para que la atendieran de inmediato. El médico le hizo un electroencefalograma y le administró un sedante allí mismo. Más tarde, le diagnosticó un trastorno neurológico, pero la niña estaba sana y salva. Los padres, entre lágrimas, le dieron las gracias por su rapidez. Los demás niños dijeron que les había impresionado y tranquilizado su calma. Mi madre se limitó a decir: «Hice lo que tenía que hacer»).

Mis suegros no están lejos, Nicole va girándose todo el rato para calcular el tamaño de la manifestación; Jean-Louis, en cambio, se limita a mirar al suelo, como hago yo la mayor parte del tiempo, su

abatimiento es evidente, le importaba mucho esta marcha blanca, pero está claro que se está convirtiendo en un suplicio para él, esperaba encontrar fuerzas en ella, pero la aflicción general lo ha contagiado.

Yo, por mi parte, me esfuerzo por no llorar. No sé muy bien por qué me impongo ese esfuerzo, al fin y al cabo, no pasaría nada por ceder a la desesperación, supongo que lo último que quiero es dar el espectáculo, cuando soy consciente de que todo el mundo, empezando por las cámaras inquisidoras, esperaría verme devastado. Seguro que hasta hay quien se pregunta cómo puedo mantener los ojos secos en estas circunstancias; me da igual.

Juliette va sollozando de forma intermitente, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel ahora completamente arrugado. A veces incluso tiene hipo, porque todo esto la ahoga, porque no hay diques lo bastante fuertes contra las repetidas olas de su dolor. El llanto le ha enrojecido los ojos y le ha dibujado regueros de sal en las mejillas.



De pronto, distingo entre la gente a Ariane, una vecina, que responde a uno de los periodistas que anda en busca de nuevos testimonios. La oigo decir con rabia: «Espero que los jueces hagan su trabajo. Si esos chicos se salen con la suya, será como si Hugo muriera por segunda vez».

Tras la muerte de nuestro hijo, decidimos presentar una denuncia. Para nosotros no había ninguna duda: su muerte era de forma incontestable consecuencia directa de todo lo que había sufrido, y los que lo habían empujado al límite debían responder por sus actos.

De modo que nos dirigimos a la comisaría, en la avenida General de Gaulle. Nos recibió un hombre taciturno pero educado, que tomó nota de nuestra solicitud y nos señaló la sala de espera, recomendándonos paciencia. Nos sentamos entre una joven con el ojo derecho amoratado y marcas rojas en las muñecas, encogida en su silla, y un tipo borracho que se quejaba en voz alta de que le habían «robado la moto». Al cabo de una hora, vino a buscarnos

una mujer. Anunció su nombre y rango, pero no me quedó ningún dato, en esos momentos todo me parecía confuso, irreal. Nos llevó a una pequeña estancia separada, que debía estar destinada a la presentación de denuncias. Le explicamos el motivo de nuestra presencia y nos escuchó sin rechistar, diría incluso que se mostró comprensiva. En realidad, se había enterado del asunto por los periódicos. Debía de pensar: a unos padres que están pasando por semejante trance hay que tratarlos bien.

Sin embargo, en cuanto terminamos de exponer los hechos, nos echó un jarro de agua fría: «Voy a registrar su denuncia, por supuesto, pero prefiero ser sincera con ustedes: es muy posible que no ganen el juicio. Ha habido casos similares al suyo y, al final, han terminado en absolución». Nos quedamos atónitos. Esperábamos que nos dijeran que iba a ser largo y penoso, pero no que casi con toda seguridad acabaría en fracaso. Juliette murmuró: «Nosotros solo queremos que nuestro hijo no haya muerto en vano». Su frase, pronunciada casi en un susurro, me dejó clavado en el sitio. Era rigurosamente exacta, pero absolutamente terrible. «No haya muerto en vano». ¿Se podía expresar mejor?

Volví a centrar la conversación en cosas concretas: «Una vez que se registre la denuncia, ¿qué pasará?». La agente fue clara: «Convocaremos a los dos alumnos para interrogarlos. Quizá pasen por una detención preventiva, pero han de saber que quedarán en libertad. No se detiene a chicos de trece o catorce años, al menos no por este motivo. Y luego, en función de los elementos que hayamos recopilado, se celebrará una audiencia a puerta cerrada ante el juez de menores». Le pregunté: «¿Eso será justo después?». Me dirigió una de esas sonrisas amables que se dirigen a quien no acaba de pillar lo que le dicen. «No, fijarán una fecha. Probablemente será dentro de tres o cuatro meses, si no hay demasiada congestión». Una vez más, acusamos el golpe. Esperábamos que todo fuera más rápido. Nos limitamos a decir: «De acuerdo».

Más adelante, el abogado que contratamos para llevar el caso también nos advierte: con toda seguridad la defensa intentará probar que las palabras y los gestos de los dos agresores no tuvieron ningún efecto demostrable sobre la salud mental de Hugo y

que no guardan relación causal con su muerte. No entendemos toda su jerigonza, solo entendemos que los acusados van a afirmar que ellos no tienen culpa de nada, que la fragilidad psicológica de nuestro hijo no tiene nada que ver con sus palabras odiosas y sus agresiones constantes, que al final todo será una intervención del Espíritu Santo. Entendemos también que su negación de todo nos dolerá tanto como sus ataques le dolían a Hugo, que será como la réplica de un primer terremoto.



¿Tengo derecho a odiarlos? ¿A negarme a perdonarlos?

Seguro que hay quien desearía que yo fuera, ¿cómo se dice?, ah, sí, magnánimo. Que alejara los malos sentimientos y las pasiones tristes en una demostración de grandeza de espíritu. Porque, encima, se trata de niños. Hay que ser indulgente con los niños, no se les puede juzgar como a los adultos, tienen la excusa de su minoría de edad, de su inmadurez, a veces son crueles, por supuesto, pero ante todo son impulsivos, inconscientes.

Pero no. No puedo.

Sigo odiándolos y no tengo intención de ser indulgente, y mucho menos de absolverlos. No olvido ninguna de sus maldades, no se me borrará su bajeza. Se comportaron como matones, como brutos atrasados. ¿Y por qué? Por la peor razón, si lo pensamos bien: porque *podían*. Y porque les gustaba ejercer su dominación. Y porque eso alimentaba su reputación, aumentaba su popularidad. Ellos no sintieron ninguna empatía por Hugo, no voy a sentirla yo por ellos.

Peor aún: también les guardo rencor a los que, sin participar directamente, se regocijaron con el espectáculo que se les ofrecía, que se rieron de las bromas repugnantes, de las imágenes robadas, que dieron «me gusta» a las calumnias y a los rumores falsos. No son más que cómplices de la infamia.

Y también guardo rencor a los que no movieron un dedo, a los que vieron, oyeron, comprendieron y no impidieron nada. Los que presenciaron el sarcasmo y los empujones y dejaron hacer, los que

se lavaron las manos, son al menos culpables de no haber prestado ayuda a quien, a todas luces, estaba en peligro.

Guardo rencor a la turba, tanto la ruidosa como la silenciosa.

Y guardo rencor a los padres, que no supieron controlar a sus hijos, que quizá los educaron mal, desde luego sin enseñarles valores, la diferencia entre el bien y el mal, que no los reprendieron, o no lo suficiente, cuando se enteraron y, en definitiva, les permitieron seguir ejerciendo su crueldad.

No, no perdono nada. No perdono a nadie.



La mañana sigue soleada. Salgo de mis pensamientos y me vuelvo hacia Juliette. Camina con el rostro cerrado, la expresión dura, como si me hubiera acompañado en mis mudas cavilaciones. Observándola, pienso que, lógicamente, el horrible trance nos ha fusionado, nos une la misma tragedia, que estamos devastados por igual y que el lugar que ocupamos, el de los padres «huérfanos» de un hijo, tan singular y tan incomparable, nos separa del resto del mundo y nos une aún más, hasta el punto de que nos volvemos indivisibles, aunque debo admitir que también es ese rencor, el que me da vueltas dentro y el que leo en sus rasgos, lo que nos mantiene unidos a los dos.



Con todo, no me queda otro remedio que constatar las fisuras que están apareciendo en esa unión. Se han abierto brechas a pesar de nuestra comunión en la desgracia. A veces tenemos roces. Ya los teníamos cuando Hugo estaba aquí, no siempre estábamos de acuerdo en la respuesta que debíamos dar y en la actitud que debíamos adoptar; eso provocaba tensiones y riñas, nos valió algunas discusiones, no delante de los chicos, claro, sino en la intimidad de la habitación. Y, desde su muerte, cuando más deberíamos converger, vuelven a salir a la superficie algunos rencores.

Me reprocha de manera sutil no haberla apoyado desde el

principio, no haber compartido sus sospechas y haber reaccionado de forma demasiado timorata (son sus palabras). Y haber preferido calmar los ánimos cuando, según ella, habría que haber dado un golpe en la mesa. Aunque no lo dice abiertamente, en el fondo me acusa de no haber estado lo bastante presente para Hugo, haber sido un padre demasiado ocupado con otras cosas, demasiado distante. Tiene la impresión de haber hecho con demasiada frecuencia el trabajo de los dos. Y seguro que no le falta razón.

Por mi parte, no puedo evitar preguntarme si no ha cometido errores, repetirme que no debería haberse dejado llevar por los nervios y que Hugo quizá sufrió a consecuencia de algunas de sus iniciativas, aunque sus intenciones fueran las mejores del mundo.

Sé que a ambos nos sabe mal tener estos pensamientos, alimentar esta amargura, y que hacemos todo lo posible por deshacernos de ellos, pero siguen ahí, latentes o más visibles en algunos momentos, y eso nos destroza.

También tenemos diferencias en lo relativo a lo que nuestro abogado llama la «mediatización del caso». Juliette está convencida de que hay que hablar de lo que ha pasado y del acoso en general, para que la gente sepa que existe, que es un problema generalizado, para que vean el daño que causa y también, admitámoslo, para presionar a los jueces. Así que responde a los periodistas, acepta entrevistas y mueve las redes sociales. Tiene razón. ¿De qué otro modo se pueden despertar las conciencias? ¿De qué otro modo romper con la inercia general, con esa espantosa facilidad para adaptarse a lo peor?

Yo, en cambio, soy más discreto, por naturaleza. Odio exhibirme, expresarme, aprecio la calma y no tengo ganas de remover todo este fango. Juliette dice que debo ir en contra de mi naturaleza, que es por una buena causa, que esto va mucho más allá de «mi pequeño yo», que a quién le importa mi comodidad personal y mi necesidad de tranquilidad. Y la brecha se hace así cada vez más grande.

Pero no debería pensar en todo eso. No aquí, no ahora, no en estas circunstancias. Vuelvo a deslizar mi mano en la de mi mujer.



Un rumor recorre de repente la multitud, como un escalofrío en la piel cuando nos sorprende una brisa fresca. Al parecer, esta marcha blanca ha reunido a unas mil quinientas personas. No sé de dónde sale ese cálculo, quién lo ha hecho, nos habían dicho que no nos contarían, tal vez se trata de una estimación aproximada, de un rumor lanzado por alguno de nosotros y que se ha extendido. Sin embargo, tampoco me parece una cifra imposible cuando me giro para mirar la masa de participantes, la densidad de la manifestación. Le digo a Juliette: «Es gracias a ti». Me responde con una sonrisa triste. ¿Es para mostrarme que tenía razón y yo no? ¿O que la victoria tiene necesariamente un sabor amargo? Dice: «Al menos, durante una hora, nos habremos sentido menos solos».



Porque, por supuesto, desde que Hugo se fue, eso es lo que afrontamos, la soledad.

Inmensa como una llanura desértica, quemada por el sol o cubierta de escarcha, hasta donde alcanza la vista.

Dolorosa como una herida abierta.

La ausencia de nuestro hijo es inevitable, desmesurada, la sentimos en todas las estancias del piso, en todos los lugares que solemos frecuentar, su muerte nos impacta a cada paso que damos, su ausencia se hace sentir de la forma más cruel en cada instante de nuestra existencia. Saber que nunca más lo tocaremos, lo abrazaremos, respiraremos su olor, oiremos su voz o sorprenderemos su sonrisa es una tortura permanente. Y nada ni nadie puede llenar ese vacío.

Tenemos a Enzo, por supuesto, y lo queremos con locura, pero su presencia no tiene la capacidad ni la vocación de llenar ese vacío. Nuestras familias y nuestros seres queridos son atentos y fieles, pero su apoyo no puede hacernos olvidar nuestro desconsuelo. En este momento, sí, la multitud borra la imagen obsesiva de su ausencia, pero ya sé que, dentro de un rato, esta multitud se dispersará y volveremos a la soledad, al desierto. La gente pasará a otra cosa, y

es normal, pero nosotros no. Las cámaras y los micrófonos también se irán pronto, el bullicio cesará, el silencio volverá, y ese silencio nos aplastará.



Precisamente, estamos llegando al final del bulevar Président-Wilson. Se perfila la silueta del monumento a los caídos. Rodeado por dos mástiles, en los que ondea la bandera tricolor, representa la chimenea de un barco sobre la que se ha colocado una escultura metálica blanca con forma de paloma. Aquí se honra la memoria de los soldados de las dos guerras, pero también la de los de Indochina y Argelia.

Pienso en los chicos de veinte años que cayeron bajo las balas. No se debería morir a los veinte años. No se debe morir a los catorce. Las muertes prematuras siempre nos parecen una injusticia. Nos decimos: les quedaba tanto por vivir, tantas cosas por hacer, tantos territorios por descubrir, tantas experiencias por tener, tantos errores por cometer, tantas risas y lágrimas, tanta diversión y aburrimiento, tantas victorias y derrotas, tantas esperanzas y desilusiones, y de repente, nada, ya sin derecho a nada. Todas las posibilidades se cierran de golpe, el portazo producido por una mala corriente de aire.

También pienso que esos chicos fueron enviados a luchar sin haber tenido otra opción, que no estaban preparados para manejar armas ni para la brutalidad de la batalla, que de repente se vieron diminutos e impotentes en medio del odio de las naciones y la locura de los hombres. No se debería morir por culpa de individuos ebrios de poder y cegados por su furia.

Y luego, por supuesto, el monumento me remite a otro lugar donde descansan los muertos: el cementerio de Briandais, donde enterramos a Hugo.

Aquella mañana, bajo el sol de abril, solo éramos un puñado de personas, de pie ante la tumba que los sepultureros habían tenido que cavar apresuradamente la víspera para recibir el ataúd, los mismos que se mantenían apartados, esperando a poder proceder al

entierro. Solo estábamos nosotros, la familia, los amigos más antiguos, más o menos esos. Quisimos esa estricta intimidad, esa sencillez, rechazar el espectáculo. Deseábamos que nuestro hijo estuviera rodeado de sus seres más cercanos, solo ellos, y que reinara cierta austeridad.

En la propia iglesia fuimos solo una treintena. Porque necesitábamos la posibilidad de dejarnos llevar por la emoción lejos de miradas ajenas. Y además, sí, lo admito, en semejante situación no comparable a ninguna otra no queríamos compartir a nuestro hijo. Tenía que estar solo con nosotros, ser solo nuestro. Y nosotros teníamos que estar solo con él, ser solo suyos.

Sobre la madera clara del ataúd colocamos una foto enmarcada en la que Hugo sonríe, tomada el verano pasado en Pornichet. Debajo pusieron un arreglo de rosas en tonos pastel. A petición nuestra, el sacerdote se limitó a una homilía sobria. Juliette pronunció el panegírico. O, mejor dicho, lo intentó, porque no pasaron ni dos minutos antes de que se le quebrara la voz. Entonces la vimos tambalearse, agarrarse al atril y, por último, derrumbarse. Corrí a levantarla y la llevé de vuelta al banco, sosteniéndola. Su cuerpo pesaba el peso de la desgracia.

Pusimos canciones, para que no fuera todo triste, las que Hugo escuchaba en bucle: *Et bam*, de Mentissa, *As It Was*, de Harry Styles, y otra más que se me ha olvidado. Hay que decir que no sabíamos mucho, yo me había quedado en el *Sous le vent*, de Garou y Céline Dion, o en el *Beautiful Day*, de U2; dejé de escuchar música cuando empecé a trabajar. Me hizo bien oírla, la sentí como una ola de dulzura.



En el fondo, supongo que es ahí donde hay que buscar la verdadera razón de esta marcha blanca que está llegando a su fin: la gente, al no haber podido inclinarse sobre su ataúd hace un mes, vio en ella la oportunidad de despedirse del niño.

Cuando la manifestación, al llegar al final de su recorrido, se agolpa y se detiene, unos globos blancos empiezan a elevarse hacia

el cielo. Los han ido inflando discretamente, a medida que nos acercábamos a nuestro destino, unos cincuenta participantes.

Unos aplausos intensos y respetuosos acompañan la partida de los globos. Entre los que aplauden, algunos tienen el rostro impassible, otros irradian emoción, otros están devastados por las lágrimas.

Hay que reconocer que este lanzamiento de globos es a la vez precioso y desgarrador. Dice: «Seamos pacíficos, a pesar de nuestro dolor», pero yo ya no conoceré la paz. Dice, para los que creen en ello: «Hugo está allí arriba», cuando para mí eso significa: «Está fuera de nuestro alcance». También señala, de manera simbólica, la pureza de Hugo, su inocencia, y yo calibro, con más rabia aún, todo lo que hemos perdido al perderlo.



A pesar de todas las señales de alerta, no habíamos contemplado la posibilidad de que pudiera morir. Sé que esto ha sorprendido, dada la situación y cómo fue degradándose, pero es la pura verdad.

En realidad, la explicación es muy sencilla: cuando eres padre o madre, *no puedes* plantearte una hipótesis como esa, *no puedes* concebirla, está más allá de nuestras facultades, supera nuestro entendimiento, se sitúa en un lugar al que no llegamos, no hay más. Es una conjetura demasiado espantosa, demasiado insoportable, y punto. Y si, a pesar de todo, nos roza, si se forma durante una fracción de segundo en nuestra mente, la ahuyentamos inmediatamente, sin duda por superstición, y porque, si no se piensa, no existe. Algunos dirán que se trata de ceguera, otros de negación. Tendrán razón. Pero eso no cambia nada.

Por supuesto, cuando eres madre o padre, padeces por los hijos, padeces cuando les sube mucho la fiebre, cuando se caen, cuando se rompen una muñeca o un brazo, padeces cuando hay que llevarlos a urgencias en plena noche, padeces cuando van solos al colegio por primera vez, cuando cruzan la calle sin mirar, padeces cuando oyes hablar de gente mala al acecho, cuando ves los sucesos en la televisión, pero te dices: yo los protegeré, los rescataré, les transmitiré buenos reflejos, buenas prácticas, les enseñaré a

desconfiar, y estaré ahí, si pasa algo malo, estaré ahí, sea lo que fuere, y, como yo estaré ahí, todo irá bien, todo acabará volviendo a la normalidad; eso es ser padre o madre.

Incluso nos repetíamos: la vida nos somete a todos a una serie de pruebas y las superamos, nos maltrata y nos recuperamos, nos debilita y nos curamos, es el orden natural de las cosas. Y así tenía que ser para Hugo. Su sufrimiento era terrible, pero en nuestra mente tenía que ser transitorio. Algún día, un día cercano, terminaría. Mientras tanto, nos correspondía estar para darle amor. En el peor de los casos, solo había que esperar.

Hoy me corroe la culpa. No dejo de decirme: si hubiera sido más perspicaz, más valiente, menos ingenuo, menos confiado, mi hijo quizá seguiría vivo. Y con esto tendré que vivir.



Así pues, no estábamos para nada preparados para esta pérdida. Nos ha cortado las piernas. Nos ha dejado en el suelo, muertos. También nosotros.



Siempre es un poco menos difícil cuando se ve venir. La muerte de nuestros abuelos, por ejemplo, nos afecta, pero no nos sorprende. El último aliento de un amigo condenado por la enfermedad nos aflige, pero no nos pilla desprevenidos. En cambio, la brutal parada de corazón o el accidente de coche de un ser querido en la flor de la vida nos deja estupefactos; como si nos cayera encima un rayo.



Hay algo más que lo hizo todo aún más violento, aún más sofocante: fui yo quien descubrió el cuerpo.



Los aplausos se han callado, cual fuente de agua que el calor abrasador hubiera secado. Ha vuelto el silencio. Pero nadie se mueve. Todos se miran de reojo, sin saber qué hacer. O más bien,

todos han comprendido que ahora es el momento de dispersarse, de volver a casa, pero nadie tiene valor para marcharse, porque marcharse es admitir que todo ha terminado, que ya no hay nada que intentar, que la vida de Hugo pertenece al pasado. La gente está triste, desearía liberarse de su dolor, retomar el curso normal de su existencia, pero no, porque esa tristeza es aún un aliento, una palabra de amor, una palabra de apoyo. Además, nadie se atreve. Los participantes esperan una señal, la que les daremos nosotros. Cuando nos despidamos de la multitud, cuando abandonemos el punto de encuentro, entonces se sentirán autorizados a marcharse, no antes. Pero nosotros también estamos paralizados. Porque también queríamos retener ese momento de comunión. Y, algo más prosaico, porque nos parece que deberíamos dar las gracias, para concluir. Pero, ¿cómo dar las gracias a cientos de desconocidos en silencio, con los cuerpos inmóviles y los rostros afligidos?



Diviso a Enzo y le hago señas para que se acerque. Enseguida suelta la mano de su abuela y recorre los pocos metros que nos separan. Una mujer, entre la multitud, le acaricia el pelo al pasar. Es un gesto sencillo, cotidiano, pero que, en esas circunstancias, denota una generosidad y una compasión que me conmueven al instante. Sobre todo porque ha sido espontáneo, sin premeditación. La mirada de la mujer y la mía se cruzan. En ese instante, siento por ella una simpatía insuperable.

Entonces, Juliette nos libera. Da un paso adelante, luego otro. Con cierto retardo, la imito. Llevo a mi hijo de la mano y me doy cuenta de que tiene los ojos fijos en el cielo: sigue la trayectoria lenta y errática de un globo que se ha separado de los demás.

4

Cuando por fin logramos salir de la manifestación, no sin antes repartir sonrisas agradecidas aquí y allá y estrechar tímidamente algunas manos, nos queda despedirnos de mis padres, que venían detrás de nosotros. Mi madre parece a punto de decir algo, de hacer algún tipo de balance de lo que acaba de suceder, por ejemplo, pero no le sale ningún sonido de la boca. Nos abrazamos con torpeza.

Mis suegros, en cambio, sí son capaces de expresarse. Nicole dice: «¿Queréis ir a comer algo? Ya es casi mediodía». Se nota que no les apetece quedarse solos, sería muy desconcertante después de haber

caminado en medio del gentío, después de haber estado tan rodeados, necesitan una cabina de descompresión, y se entiende. O eso o tienen miedo de dejarnos solos a nosotros, en un piso vacío. Juliette dice: «Sí, ¿por qué no?». Yo la contradigo: «Mejor otro día, si no os importa». Porque, ¿de qué podemos hablar *después de esto*, después de la multitud, después del dolor desbordante, después de evocar los recuerdos, tanto los bonitos como los atroces? No insisten y Juliette tampoco.



Una vez en casa, me desplomo en el sofá; me cuesta muchísimo recuperar el aliento, me siento como si hubiera corrido una maratón. Enzo se va directo a su habitación. Juliette se sirve un vaso grande de agua fría, que se apoya en la frente antes de beberse.

Reina el silencio. Una tranquilidad espantosa.

Nuestro nido nunca había parecido tan vacío.

Me tienta encender el televisor, aunque solo sea para romper este silencio tan denso, para crear una distracción. Y para hacer entrar el ruido del mundo entre nuestras cuatro paredes. Porque las guerras, las masacres, las epidemias, los huracanes, las inundaciones, las catástrofes, al menos todo eso hace ruido y nos acapara, retiene nuestra atención, nos permite pensar en otra cosa. La muerte de los migrantes en embarcaciones improvisadas, el rechazo a los extranjeros que ponen un pie en nuestra tierra, pero también la precariedad, las dificultades para llegar a fin de mes, las colas delante de los centros de distribución de alimentos, las manifestaciones de ira e inquietud en las calles, todo eso nos impacta y nos dice que el destino que nos espera no es tan terrible. O también las risas forzadas, las luces muy deslumbrantes, las exclamaciones de la claque provocadas por algún animador en concursos patéticos, las ruletas que giran, los pulsadores que se machacan, todo eso nos idiotiza. Sin embargo, no activo el mando a distancia. No puedo romper de forma tan trivial la solemnidad y gravedad del momento.



Me limito a contemplar la puerta cerrada de la habitación de Hugo. Ninguno de nosotros ha entrado en esa habitación desde hace un mes. (Entre otras cosas, porque desde hace un mes no sé qué hemos hecho aparte de sobrevivir y vegetar. Muy poco, y todo a cámara lenta, como si lleváramos cadenas. Como aquellos prisioneros de antaño a los que les ponían grilletes en los tobillos y que solo podían moverse con dificultad y dolor. Sé que hemos pasado las horas, pero sería incapaz de decir con qué las hemos llenado).

Lo cierto es que ninguno de nosotros ha reunido suficiente valor para entrar en esa habitación. Primero, como es lógico, para no enfrentarnos a los recuerdos, al desorden que dejó, a su colonia que aún debe impregnar las sábanas, a sus libros de texto, a sus cómics, a su consola, al armario donde se amontona su ropa, a los pósters que había colgado en las paredes (en particular el cartel de *Joker*, con Joaquin Phoenix —me sorprendió que fuera fan de un villano, pero en realidad lo que le interesaba era un hombre despreciado—, o una foto de Pornichet, la costa, los barcos), a la señal de dirección prohibida que se llevó de una carretera en obras. Pero, sobre todo, ninguno de nosotros ha entrado en esa habitación para no tener que enfrentarnos al lugar donde Hugo encontró la muerte.

De repente, digo: «Habría que empezar a vaciar su habitación. No podemos dejarla en ese estado».

Pensándolo bien, supongo que la idea surge porque estoy ocioso, no hago nada útil, pero también porque la marcha blanca ha venido a ser una conclusión, una forma de cerrar el libro. Y, sin duda, también porque hay que expresar en voz alta lo que no podremos evitar. (Mi padre se ofreció hace una semana: «Si quieres, lo hacemos nosotros». Le respondí: «Te lo agradezco, pero no sois quienes tenéis que hacerlo»).



Juliette sigue en la cocina y, como estoy sentado en el sofá, le doy la espalda y no puedo ver su reacción. Intuyo, sin embargo, que se pone tensa, que mi sugerencia le produce una enorme desazón.

Imagino que su primera reacción será gritar: «No. No, aún es demasiado pronto, demasiado pronto, todavía no estoy preparada, no soy capaz de deshacerme de los rastros de la vida de mi hijo, de separar lo que hay que guardar de lo que hay que tirar, de vaciar y hacer desaparecer así su huella, las pruebas de que estuvo aquí algún día, de que vivió en este lugar, quiero que todo quede intacto, mientras esté intacto, él sigue presente, con nosotros. Borrarlo sería como una segunda muerte, quizá tan cruel como la primera». Y yo le diré: «Sí, tienes razón, aún puede esperar». Sin saber cuánto tiempo. Pero no, sigue callada. Porque ella también intuye que tendremos que pasar por eso, que no nos queda otro remedio, que no vamos a estar muchos meses más con una puerta cerrada, una estancia convertida en santuario, inaccesible y aterradora. También sabe que esa habitación es la de la tragedia y que vaciándola quizá podamos desdibujarla. Está tan hundida como yo en esa terrible indecisión. Le digo: «Si quieres, ya me hago cargo yo». No responde. Solo oigo el ruido del vaso que deja sobre el fregadero, muy despacio. Interpreto su silencio como una aprobación. Espero que sea así. Que no agrave nuestros malentendidos.



A propósito de esto, la semana pasada volví a visitar a Michel Fabry. Aproveché que tenía que ir a Nantes para reunirme con un proveedor y lo llamé, le conté lo de Hugo y accedió a hacerme un hueco entre dos citas. Lo hice a escondidas de Juliette. Había leído en una revista que algunas parejas empezaban a ir mal, e incluso se separaban, tras la muerte de un hijo, y estoy viendo —ya lo he comentado, pero me obsesiona— que con Juliette ya no es lo mismo, que se ha roto algo, en ella y en mí, pero también entre los dos.

El psicólogo quiso primero tranquilizarme, diciendo que no puedes creer todo lo que escriben las revistas, que, al revés, la muerte de un hijo podía ser un factor de acercamiento intenso entre los cónyuges.

Luego me preguntó si teníamos problemas antes de la muerte de

Hugo, porque, en ese caso, el suceso sí que podía agrandar la brecha. Le respondí que antes estábamos bien, que teníamos una vida tranquila, eso sí, sin sorpresas y algo rutinaria, aunque en general bastante armoniosa. Sonrió y señaló que la rutina podía sernos de gran ayuda. Que los hábitos creaban puntos de referencia, una base, y que eso era lo que lo que necesitábamos.

Después quiso saber si yo expresaba mi dolor. Le dije que mi desolación era abrumadora y que no disminuía. Replicó: «No es eso lo que le pregunto. ¿*Expresa* lo que siente?». Admití que no, que no mucho, que no era mi estilo. Me aconsejó que hablara, al menos para no parecer insensible ante Juliette y, sobre todo, porque me haría bien. Me sorprendió: «Pero si hablamos de ello todo el tiempo, ¿no nos va a hundir más, a mantenernos en el sufrimiento?». Me aseguró que no, que había que pasar por eso, que era un proceso.

Bajé la mirada. «La verdad es que ya no estamos tan compenetrados. A veces, ella toca fondo y yo intento aguantar. Otras veces, ella se recupera y se reactiva y yo soy una piltrafa». Fabry dijo: «Eso es muy típico. Cuando sienta que ella está mal, ayúdela y apóyela. Ya verá como se lo devolverá a usted en sus momentos difíciles. Es ese apoyo mutuo lo que consolidará su relación».

«¿Y qué hago con los reproches?», pregunté. «Porque tengo la impresión de que cree que no he actuado como debía». El psicólogo me explicó: «Siempre necesitamos culpar a alguien por una pérdida de esta naturaleza, pero ya ha visto que ella dirige su ira hacia los acusados, que son los verdaderos responsables, no se equivoca. Además, también se siente culpable, y necesita compartir esa culpa con usted para que le pese menos. Al final, eso los acercará. Porque comprenderán que no es culpa suya. No es culpa suya».

Desde entonces, me esfuerzo por recordar cada una de sus palabras y seguir sus consejos. No puedo perder a Juliette. No lo soportaría.



Poco a poco, me obligo a levantarme del sofá y me dirijo al dormitorio de Hugo. Antes de entrar, me aseguro de cerrar la puerta

de Enzo, no quiero que aparezca de pronto si me oye llegar a la habitación de al lado. Está tumbado boca abajo en la cama, con los pies en alto, jugando con la consola, con los auriculares puestos, no se da cuenta de nada, no se enterará de nada.

Me coloco delante de la puerta de Hugo, empuño el pomo y es como si activara el mecanismo de una bomba.

Un paso, solo un paso, y ya estoy dentro.

Avanzo con los ojos cerrados, porque he supuesto que de otra forma no lo conseguiría. El olor a cerrado me invade las fosas nasales. Pero también me llega, como en una segunda oleada, el olor de mi hijo, que reconozco entre todos, que solo le pertenecía a él, que lo definía. Descubro que los muertos nos recuerdan su presencia de la manera más inesperada. Esta señal desde el más allá me obliga a abrir los ojos.

Y de inmediato, claro, en contra de mi voluntad y de mi resolución, dirijo la mirada a la mancha roja de la moqueta. Justo después de la tragedia, acudí a limpiar la sangre con un cepillo, agua caliente y jabón, y froté mucho, de forma frenética, pero, por más que froté, quedó un gran círculo rojo descolorido.

Hugo se cortó las venas, con cuchillas de afeitar.

Me quedo quieto para no tambalearme. Cuando vuelvo a notar las piernas firmes, consigo dar los tres últimos pasos que me separan de la ventana. La abro de par en par para que entre el aire del exterior, el aire que contiene la sal del mar, el calor sofocante y supongo que mucha contaminación de los coches, pero qué más da.

Hugo estaba sentado, con la espalda contra la pared, o más bien repantingado —¿había elegido esa postura o se había ido cayendo conforme la vida lo abandonaba poco a poco?—, con las piernas separadas, la cabeza inclinada y las muñecas escarlatas.

Yo había llegado un rato antes. Por casualidad, aquella tarde fui el primero en volver a casa. Juliette había ido de compras y Enzo nos había avisado de que se quedaría hasta las siete en casa de su amigo Arthur para terminar los deberes. Al cruzar el umbral, llamé a Hugo y no me respondió. Insistí, en vano, pero no me preocupé, estaría como siempre con el móvil y los auriculares puestos; dejé las llaves y me tomé el tiempo para ir a la cocina, sacar una cerveza de

la nevera, abrirla y bebérmela a grandes tragos, que el día había sido excepcionalmente bochornoso. Luego volví a llamarlo y me dirigí hacia su habitación dispuesto a regañarle.

No tuve ningún presentimiento. Ninguno.

Me gustaría poder afirmar lo contrario, pero sería mentira.

Cuando empujé y abrí la puerta de la habitación, estaba dispuesto a abroncar a mi hijo.

Entonces vi la cabeza inclinada, las piernas estiradas, las muñecas ensangrentadas.

Corrí hacia él gritando su nombre, gritando de dolor. Agarré su cuerpo con cierta brutalidad, lo levanté del suelo para reanimarlo, para devolverle la vida. Pero, a pesar de mis torpes esfuerzos, su cuerpo siguió inerte. Entonces lo volví a dejar donde estaba, esta vez con delicadeza, le levanté la cara y comprendí: en aquel rostro ya no había nada, ninguna expresión, y nunca volvería a haberla.

A pesar de todo, le busqué el pulso, porque no se abandona toda esperanza tan deprisa, porque se quiere seguir creyendo, contra toda evidencia. Repetía: «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?». Al final, me derrumbé. Me senté, también con la espalda contra la pared, junto a mi hijo muerto. Le cayó la cabeza hacia mi costado.

Si concebir la muerte de un hijo ya es difícil, imaginen cuando es su suicidio. Estaba completamente perdido, como en un bosque tenebroso, con árboles muy altos. Estaba tan aturdido y sentía un dolor tan intenso que aún me pregunto cómo se puede soportar, cómo se puede superar: me faltaba el aire, no podía respirar, hipaba sin derramar lágrimas, era como esos caballos heridos que se debaten, tendidos en la tierra seca del picadero, antes de que les disparen un tiro a la cabeza.

No sé cuánto tiempo pasó antes de poder moverme lo más mínimo, de arrancarme del suelo, no tengo ni idea, no lo recuerdo.

Lo que sí recuerdo es que, cuando logré incorporarme, no llamé enseguida al teléfono de emergencias. Antes llamé a Juliette. Estaba en camino a casa. Casi no me salía la voz, pero disimulé todo lo que pude, no podía darle la terrible noticia por teléfono, solo dije: «Vale, te espero». Llegó unos diez minutos después. Durante esos diez minutos, tuve suficiente presencia de ánimo para arrojar mi camiseta

manchada de sangre a la cesta de la ropa sucia, ponerme una limpia y pensar en las palabras que utilizaría. No las encontré, no existen. Cuando Juliette cruzó el umbral, con una expresión algo recelosa, la abracé y le susurré al oído, temblando: «Ha pasado algo horrible». Se soltó enseguida de mi abrazo y me miró fijamente.

Entonces le conté la verdad en silencio, solo con los ojos en lágrimas.

Lanzó un grito desgarrador y me bombardeó con preguntas: «¿Dónde está? ¿Ahí? ¿Dónde? ¿Cuándo ha sido? ¿Cómo ha sido?».

No tuvo ánimo para esperar mis respuestas, se derrumbó, cayó de rodillas. Se había quedado sin fuerzas.

La levanté, la llevé al salón y le expliqué la situación. «Está en su habitación, pero creo que no deberías entrar. No podrás soportar esa imagen, y nunca podrás olvidarla». Juliette corrió a la habitación de Hugo y salió al instante a vomitar, doblada por la mitad, contra la pared del pasillo.

Cuando se enderezó, vi una desesperación infinita en su mirada. Pensaba: ¿cómo voy a sobrevivir a esto? Y no encontraba respuesta. Porque no hay respuesta.

Justo después, marqué el número de emergencias y conté lo sucedido. Llegaron en menos de cinco minutos, seguidos por una ambulancia, que no sirvió para nada, salvo, más tarde, para llevarse un cadáver. También vinieron dos agentes de la policía, que dieron fe del suicidio. Ellos fueron los que, con sus guantes azules, encontraron la carta y nos la leyeron antes de meterla en una bolsita de plástico para su peritaje, ya que había que confirmar que las únicas huellas que había eran las de Hugo.

Durante todo ese tiempo, nosotros estábamos postrados. Sentados muy juntos en el sofá del salón, a veces sacudidos por el llanto, a veces solo aturridos. Veíamos gente ir y venir, nos hacían preguntas, pero todo nos llegaba incierto, amortiguado, no contestábamos nada.

En un momento dado, Juliette gritó: «Mataré a esos cabrones». Y volvió a caer en su postración.

La carta es muy corta. De hecho, ni siquiera es una carta. Solo es un DIN-A4 doblado por la mitad en el que Hugo escribió: «*Papá,*

mamá, Enzo: Sé que os pondré tristes, pero no puedo más, esto tiene que acabar y no veo otra solución para que acabe. Besos».

Cada una de esas palabras fue como un clavo que me hundieran en la carne. Cada una de esas palabras lo sigue siendo. Y me las sé de memoria.



Fuimos a buscar a Enzo a casa de su amigo Arthur. Allí, delante de la vivienda, mientras los padres se mantenían apartados, abrazando a su propio hijo, le dijimos que su hermano mayor «no quería que lo molestaran más» y que se había «ido». Nos miró extrañado, para asegurarse de que había entendido bien lo que le estábamos confesando. Al final, murmuró: «¿Se ha ido para siempre?». Se lo confirmamos con un susurro, un sollozo. Entonces Enzo sufrió un breve estremecimiento, como si su cuerpo expresara lo que él no podía decir. Luego, poco a poco, bajó la cabeza y se quedó mirando la punta de sus zapatos. No dijo ni una palabra, no podía.



Tampoco recuerdo muy bien los tres días y las tres noches que transcurrieron entre la muerte de Hugo y el funeral.

Sé que hicimos lo que había que hacer, lo que nos correspondía, lo que se esperaba de nosotros: elegimos un ataúd, una corona, una placa, las palabras que se grabarían en la placa, fijamos una fecha para la ceremonia, hablamos con un cura (y todo era surrealista, por supuesto, quiero decir que no parecía real, todo era absolutamente anormal y completamente aberrante, pero todo lo íbamos haciendo con cierta calma, con frialdad: estábamos aletargados, aturdidos y resignados).

No contestábamos al teléfono. Habíamos grabado un mensaje para decirles a quienes querían contactarnos que les agradecíamos su cariño, pero que no devolveríamos ninguna llamada. Fue mi madre quien nos lo sugirió. El buzón de voz se llenó enseguida. Y no lo escuchamos hasta ocho días después.

Nos instalamos en casa de mis padres, porque era imposible

quedarnos en el piso, donde había acudido la muerte. Nosotros dormíamos en su salón, en el sofá cama, y le dejamos la habitación de invitados a Enzo.

En realidad, no dormimos, o muy poco, solo nos quedábamos tumbados en la oscuridad, y aquella inmovilidad sin sueño nos pareció la metáfora perfecta de nuestra existencia, éramos cadáveres, sumidos en la oscuridad, y así estaríamos hasta nuestro último aliento.

Hicimos todo lo que estaba en nuestra mano para proteger a Enzo, para preservarlo del horror. Lo rodeamos y lo consolamos, le dijimos palabras tiernas, posiblemente más de las que le habíamos dicho desde que nació. Porque había que salvarlo. Aunque, en el fondo, creo que fue él quien nos salvó a nosotros. Si no nos hundimos por completo fue porque estaba él, porque nos necesitaba.

Aparte de eso, nos alimentamos y nos hidratamos, como hacen los animales, porque lo necesitan para sobrevivir y porque alguien viene a darles de beber y de comer.



Los policías volvieron a visitarnos. Notamos que estaban incómodos, pensamos que era su forma de darnos el pésame, pero era otra cosa. El jefe dio un paso adelante y tomó la palabra para decirnos que Hugo había comprado las cuchillas de afeitar en el centro Leclerc, dos días antes de cometer lo irreparable. Habían encontrado el tique de caja entre sus cosas.

Fue otro mazazo.

(Unas horas más tarde, pensé: ¿estaban obligados a comunicarnos esa información? ¿No se la podían haber guardado? Para ellos no cambiaba nada, nuestro hijo se había suicidado, su investigación estaba cerrada, punto, pero no, habían considerado oportuno hundirnos un poco más. Era infantil por mi parte, claro; nos debían la verdad, toda la verdad, pero a veces preferiríamos no saberla, esa maldita verdad).



Así pues, el acto de Hugo fue premeditado. Nuestro hijo no actuó por impulso, no cedió a unos segundos de un profundo desaliento, de una intensa resignación. No, lo pensó antes, hizo arreglos, organizó las cosas y nada lo detuvo, nada lo apartó de su decisión, nada pesó lo suficiente como para que renunciara, ni siquiera en el último momento, nada ni nadie.

Nosotros, desde luego, no.

Porque durante los infames dos días que precedieron a su acto, no vimos nada, no percibimos nada. Por lo tanto, no dijimos nada, no impedimos nada.

Aún peor: volvimos a creer que la situación se estaba arreglando, porque Hugo ya no hablaba de ello o, si lo hacía, era para comentar de pasada que se habían calmado. Él mentía y nosotros no nos dábamos cuenta, nos estaba engañando y nos dejamos engañar. Bajamos la guardia, nos decíamos: quizá lo peor ya ha pasado. Caímos.

No lo culpo, la jugada formaba parte de su impresionante determinación, nos culpo a nosotros.



Recorro la habitación con la mirada.

Pienso que eso es la vida de un adolescente: ropa mal guardada — el chándal de Adidas tirado por ahí, lo compramos juntos en Océanis, el centro comercial, un sábado por la tarde durante las rebajas, había muchísima gente—, sábanas arrugadas —casi nunca hacía la cama, su madre le llamaba la atención, pero era como hablar con la pared—, pilas de libros de texto, una mochila Eastpak rota y remendada, auriculares, unas zapatillas Nike sucias, una tarjeta del comedor, una tira de fotomatón —iba a ser para su documento de identidad, habíamos pedido cita en el Ayuntamiento —; no parece gran cosa descrito todo así, pero, interrumpido de golpe, deja un cráter gigantesco.

Creo que una vida arrebatada de modo tan brutal es eso: esa escena congelada, ese decorado fosilizado, esos muebles que de repente ya no sirven para nada y sobre los que ya se ha posado un

poco de polvo.

De pronto, dudo, me siento en la cama. Quizá habría que dejarlo todo tal cual y construir una especie de mausoleo. Quizá debemos a los difuntos dejarlos en paz y preservar su huella.

O tal vez es solo que no estoy preparado. Tal vez no tengo el valor necesario.

Me recupero. No, sería muy cruel no tocar nada, y muy malsano. Me pongo en pie. Empiezo por quitar la funda nórdica, la sábana bajera y las fundas de almohada, las enrolló y las tiro a un rincón. Con la ropa voy formando una pila. Todo irá a la lavadora y luego lo guardaremos en los armarios de Enzo, si lo quiere, o lo daremos. Salgo a buscar las cajas de mudanza que había apartado y voy colocando metódicamente los libros, los cuadernos y los trastos. Luego desmonto la estantería, no es muy difícil, es de Ikea, las baldas y los estantes son extraíbles, lo mismo que el armazón de la cama de 90 cm y el pequeño escritorio, del que, por cierto, Hugo había roto un cajón y se había justificado diciendo: «No aguanta nada, vaya mierda». Cuando acabo, lo bajo todo al sótano. Veo que Juliette se ha encerrado en nuestra habitación. No quiere presenciar el espantoso espectáculo. Yo intento no pensar en nada, al menos intento no pensar que estoy borrando las huellas de mi hijo, porque, si no, me tiro por la ventana.

Al final, no queda casi nada, salvo el rojo claro del suelo, que vuelve a saltarme a la vista. Me arrodillo y agarro la moqueta para arrancarla, ni siquiera nos molestamos en pegarla, la colocamos deprisa y de mala manera, porque la habíamos hecho recortar a medida y pensamos: los muebles la mantendrán en su sitio, no se moverá: solo la habíamos grapado aquí y allá, las grapas se sueltan con facilidad, lo enrolló todo, reaparece el falso parqué original, la sangre ha desaparecido, los estigmas del suicidio de mi hijo han desaparecido.

Me siento en una de las esquinas de la habitación. Ahora es una estancia grande, vacía y fría, a pesar de los rayos del sol que inciden sobre el suelo desnudo. Pienso: solo han hecho falta dos niños incultos y sádicos para que llegara este momento. Es increíble.



Unos días después del funeral, me encontré por la calle con Candice, una de las pocas amigas de Hugo. Al principio, no la reconocí. Fue ella quien se acercó a mí y me refrescó la memoria, mencionando una fiesta de cumpleaños de la que solo conservaba un recuerdo muy vago. Parecía tan triste que le pregunté cómo estaba. Me dijo que soñaba con Hugo por las noches, que más que sueños eran pesadillas, porque al final él ya no estaba allí. Añadió que lo echaba de menos. Le dije: «Gracias, muy amable».

Cuando me disponía a seguir mi camino, añadió que estaba enfadada. Enfadada con los que «habían hecho eso». Me detuve y le dije que yo también estaba enfadado. Entonces me hizo una revelación que transformó mi enfado en cólera: «¿Sabe lo que dijo Mathis cuando se enteró de lo de Hugo? Dijo: «Pues bien, se lo merece». Aunque Candice me lo contó para mostrarme su empatía, me crucificó un poco más. Pensé que el odio y la estupidez no tenían límites. Pensé que mi hijo se había enfrentado precisamente a ese odio y esa estupidez sin límites.



Me vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Lo saco. En la pantalla aparece la palabra «Mamá». Descuelgo, algo preocupado, ¿qué me querrá decir que no me ha dicho esta mañana? Solo quiere saber cómo estoy, porque se imagina que el regreso a casa ha sido duro. Quiere asegurarse de que estoy superando la prueba y lo expresa con sus propias palabras: «¿Habéis comido?» (y hay que entender: «¿Habéis conseguido tragar algo?»), «¿no necesitas nada?» (y hay que entender: «No la vas a liar, ¿verdad?»). Le contesto que todo va bien. No menciono la habitación, ni a Hugo, que ahora está todavía un poco más ausente, y digo: «Tenemos pensado ir a hacer la compra esta tarde» (y hay que entender: «La vida continúa»).



Porque sí, la vida sigue, lo sé, me lo repiten, y lo creo, les diría lo mismo a mis amigos si estuvieran en la misma situación, y sería

cierto.

Sé que la repetición de los gestos cotidianos, levantarse, desayunar, ducharse, vestirse, ir al trabajo, cumplir con la jornada, asegurar el progreso de las tareas, dar instrucciones, rendir cuentas, charlar con los compañeros en la obra, en la cantina, ir al supermercado, a la panadería, volver a casa, cenar, ver la televisión, acostarse, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, eso atenuará el dolor, lo hará soportable.

Incluso sé que algún día estaremos mejor. Y que, cuando envejecamos, habremos aprendido tan bien a vivir sin Hugo que habremos superado su pérdida, pensaremos en él a menudo, pero no necesariamente todos los días.



Por ahora, mientras estoy delante de la ventana abierta y miro la calle abajo, el asfalto de la acera, pienso en lo tentador que sería saltar.

Un ruido inesperado me saca de ese oscuro deseo. Enzo el Magnífico ha empujado y abierto la puerta. Se queda mirando la habitación vacía sin decir una palabra, sin mostrar sorpresa alguna. Luego avanza lentamente hacia mí y se coloca a mi lado, en el marco de la ventana. También mira hacia fuera, a la línea de edificios, y formula una petición con un aplomo irresistible: «En la próxima casa, deberíamos tener un jardín».

Me lo quedo mirando unos instantes, y se lo prometo.

¿TE HA GUSTADO
ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

plata@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...



plataeditores



PlataEditores

